UNA DE 60

ESPERANZA MANCERA

UNA DE SESENTA

Esperanza Mancera

Título original: Una de sesenta
© Esperanza Mancera (2023)

Edición
Diseño de portada: Roma
Corrección: Sonia Martínez Gimeno
Información Registro Safe creative: 2301133174674

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo
Nota de la autora:
AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

Julio: La fiesta de jubilación

Míralos, ahí están todos, o casi todos. Los compañeros que han llegado a formar parte de mi vida. Unos más que otros, por supuesto. No puedo negar que después de cuarenta años trabajando en la residencia de ancianos, no les haya tomado cariño, a mi manera. Si maduro un poco esta afirmación, puedo decir que a algunos tengo ganas de perderlos de vista. Como a Tomás, que aprovechaba la menor ocasión para mirar mi culo; o a Carmencita, la pelota del jefe, que me cambiaba los turnos en los festivos. Y después está Angélica, mi gran amiga y mi familia. Desde que enviudé y mi hija se fue a vivir a la ciudad, ha sido mi refugio. La única que ha estado junto a mí en los buenos y en los malos momentos, sin pedirme jamás nada a cambio. Su carácter tranquilo ha sido un complemento perfecto, que ha apaciguado mi personalidad arisca. Dicen que tengo mala leche, aunque yo creo que no es cierto. Simplemente, no tengo pelos en la lengua. Debo reconocer que a medida que voy cumpliendo años soy más agria. Ella es la que mejor me entiende. Supongo que habrá sido idea suya hacer esta fiesta de jubilación. La odio por eso, tendré que sonreír.

Angélica me espera en la puerta del local con un ramo de flores. Al entrar, todos se levantan y aplauden. ¡Cuánta hipocresía! Aguantaré. Ella, que me conoce, me lleva directa a la mesa que me han asignado. Evita que tenga que realizar el protocolo del saludo. Habrá unas treinta personas, distribuidas en mesas redondas de seis comensales. En la mía está sentado mi jefe, mi amiga y la secretaria, que, según dicen, se ha liado con media residencia. Los cotilleos no son de mi agrado y los evito siempre que no me correspondan. Observo que también han preparado un *photocall* en el que se puede ver mi nombre: Antonia. Suena rústico, y verlo allí expuesto no aporta mucho glamur que digamos. También hay colgados del techo dos enormes globos dorados con un seis y un cero. Se podrían haber ahorrado recordarme mi edad y haber puesto «Feliz Jubilación», sin más. No me avergüenzo de tenerlos y los llevo bastante bien, pero no me parece nada elegante.

El jefe se levanta de su asiento y hace callar a los asistentes.

—Buenas noches a todos —carraspea—. Me alegro de que hayáis podido acompañarnos en esta noche tan especial para despedir a Antonia. Ha sido una empleada ejemplar y creo que solo estuvo de

baja una vez, cuando dio a luz a su hija. —Algunos sonríen, otros bajan la cabeza—. La echaremos de menos. —Levanta su copa—. Antes de comenzar a degustar la cena y de que nos emborrachemos, quiero que brindemos por ella. Espero que seas feliz en esta nueva etapa de tu vida y que no nos olvides.

¿Nueva etapa de mi vida? ¿Que no los olvide? En primer lugar, esa frasecita hecha me saca de quicio. Es que acaso, cuando salga por esa puerta, me va a esperar algo distinto; y, en segundo lugar, claro que no los olvidaré, no tengo ningún problema con la pérdida de memoria, o al menos que yo sepa.

El jefe me insinúa que debo dedicarles unas palabras a los compañeros y me quiero morir. Seré escueta.

—Gracias a todos por venir —digo, y bebo de la copa. ¡Se acabó el brindis!

Vuelvo a mi sitio. Angélica alza las cejas y sonríe.

—Muy propio de ti. Te podrías haber esforzado un poco más.

—Da igual lo que hubiera dicho, no voy a marcar una huella en sus vidas con mi discurso. Cuando se tomen dos copas hasta olvidarán que esta fiesta es en mi honor. Yo creo que han venido porque este fin de semana no hay nada en el pueblo mejor que hacer. —Los eventos sociales, en una localidad de menos de tres mil habitantes, son contados.

—Compañera, cómo eres. Al menos intenta disfrutar de esta noche. Me lo debes, me he esforzado mucho para organizar la fiesta. Por cierto, ¿te gusta el *photocall?* Se ha encargado Carmencita.

—No hace falta que lo jures —digo entre dientes. Siempre tuvo mal gusto y nunca le he caído bien. Veo la cara de Angélica emocionada esperando mi respuesta y miento—. Me encanta. —Le dedico una falsa sonrisa.

—No finjas. Sabía que no te iba a gustar, pero he tenido sábado de limpieza y no me ha dado tiempo a supervisarlo.

—No te preocupes.

Angélica tiene bastante con criar a sus tres niños y aguantar al imbécil de su marido. No puedo pedirle nada más. La admiro por su temple y su buen humor. Es una lástima que no se me haya pegado nada de ella en todos estos años de convivencia.

Lo único bueno de pasar a ser una persona jubilada es que podré disfrutar de mi autonomía. Tendré libertad. Sin ataduras, haré lo que me dé la gana. Mi hija es médico y vive en la ciudad, junto a su marido que también ejerce la misma profesión. No me necesita y me encanta esa idea.

Antes de pasar al postre, mi teléfono suena. Lo miro y es mi hija Alba. Pido disculpas a la mesa y salgo del local. Mis compañeros hablan demasiado alto y no escucho nada, por muy europeos que

seamos, seguimos comunicándonos a voces.

—Hola, mamá. ¿Qué tal tu fiesta?

—Dentro de lo que cabe, bien. Ya están todos medio borrachos.

—Pues eso es lo que deberías hacer tú. Suéltate la melena y disfruta un poco.

—Tengo media melena y no me gusta hacer el ridículo. Ya sabes lo que me pasa cuando me tomo dos copas. Es un poco tarde para llamar. ¿Ocurre algo?

—Acabo de terminar mi turno en el hospital. Te llamo para darte una noticia buena y otra mala. ¿Cuál quieres primero?

—La buena. —Al menos la mala caerá mejor.

—Estoy embarazada.

—Ya era hora, estás más cerca de los cuarenta que de los treinta. Me alegro por ti. ¿Y la mala?

—Son mellizos y me han mandado reposo. Necesito tu ayuda.

¿Autonomía? ¿Libertad? ¿Independencia? Creo que no me va a gustar nada esta nueva etapa de mi vida.

Capítulo 2

La ciudad

¡Qué bonita es la ciudad! Eso me decía mi hija cuando le dieron la plaza en el hospital. Tuve bastante con vivir en ella cuando estudié y en aquella época no había ni la mitad de tráfico. Odio tener que conducir, no estoy acostumbrada. Me pitan en dos rotondas, me da igual. Mi Peugeot, de más de veinte años, no está acostumbrado a los semáforos y se calienta más de la cuenta, tengo estropeado el aire acondicionado. Tan solo me queda una de esas señales multicolor para llegar al chalé de mi hija. Está ubicado en una urbanización de alto copete a las afueras. Vive rodeada de médicos, altos ejecutivos, abogados y algún que otro político que defiende ideas no muy acordes con su forma de vida.

Espero estoicamente a que la luz verde me dé paso. Bajo la ventanilla, me asfixio. Son cerca de las dos de la tarde. Noto el sudor que se me acumula en el bigote. Cojo el abanico, que siempre llevo a mano, debido a que los sofocos de la menopausia aún me atormentan de vez en cuando, y lo agito con fuerza. Oigo un frenazo seco en el carril de la izquierda. Se para a mi altura un BMW descapotable azul eléctrico. Su conductor, un hombre salpicado en canas, con gafas de sol y un peinado algo juvenil para su edad, me mira. Sonríe. ¿Se está burlando de mí? Reconozco que debo ser un cuadro, con mi pelo rubio teñido pegado por el sudor en mi frente y moviendo mi abanico como único medio de refrigeración. Arqueo el labio superior haciendo una mueca de fastidio y miro a la lucecita, que por fin se enciende. El BMW me adelanta con toda su potencia. ¡Será imbécil! ¡Chulo prepotente!

Los aparcamientos en la urbanización son escasos, ya que cada chalé dispone en su interior de dos plazas. Aunque mi Peugeot no es grande y cabe en cualquier sitio. Cuál es mi sorpresa, que justo el que suele estar libre junto a la casa de mi hija está ocupado por un BMW que no he tardado en reconocer. Su color azul eléctrico es inconfundible. Maldigo a ese hombre y me cuesta dar dos vueltas hasta encontrar aparcamiento. Arrastro la maleta y me cuelgo el bolso, con un cabreo de mil demonios. Tengo que dejar en el coche la mitad del equipaje por culpa del gilipollas del semáforo. Si vive allí, ¿por qué no habrá metido el coche en su parcela?

Pulso el telefonillo y la cancela de entrada se abre. Mi hija me espera en la puerta, vestida con una camisola blanca en sisas. Sus

cuatro meses de embarazo ya se aprecian. Está apoyada en la puerta con los brazos cruzados, sonriendo. Esa postura me recuerda a su padre, al igual que su aspecto físico. No ha heredado nada de mí. Es más alta que yo, de pelo negro como sus ojos.

Abandono mis pertenencias en mitad del camino y voy hacia ella.

—¿Quién es el dueño del BMW azul? —Coloco mis brazos en jarra, pidiendo una respuesta, mientras tomo aire.

Mi hija me mira sorprendida.

—¿Eso es lo primero que le vas a decir a tu hija?

—Perdona. Tienes razón, anda, dame un abrazo. Estás muy guapa.

—Yo también te quiero. —Su cuerpo me provoca más calor del que ya traigo.

—Suelta, que vengo sudada. —No me gustan las muestras de cariño—. He tenido que dejar el resto del equipaje en el coche. Ahora vuelvo.

—No te preocupes, nadie te lo va a robar. Pasa, te refrescas y te cambias.

—Prefiero quitármelo de encima cuanto antes.

—Roberto está a punto de llegar y te echará una mano.

Su marido es neumólogo. La verdad es que lo conozco poco. Mi hija se enamoró de él en la universidad. No le gusta demasiado ir al pueblo, que ha visitado en contadas ocasiones, ya que siempre encuentra la excusa perfecta y así no la acompaña. Es hijo de una renombrada familia de médicos de la ciudad. Recuerdo cuando conocí a sus padres. Me miraron mal desde el minuto uno. Yo era una simple auxiliar de enfermería y mi estatus estaba muy por debajo del suyo. Odio a los pijos. Me hubiera gustado otra pareja para Alba.

—Voy en un momento —insisto.

Camino hasta mi coche. Cargo con otra maleta y una bolsa del Mercadona llena de zapatos. A medida que me acerco a la casa, observo al chulo subir de nuevo al BMW. Va acompañado por una chica al menos veinte años menor que él. Ella sonríe y se contonea, haciéndole carantoñas y acariciándole la pierna sin ningún tipo de pudor. Él comienza a comerle la boca, que se convierte en un morreo en toda regla que hasta a mí me causa asco. ¡Qué vergüenza! Menudo espectáculo, eso no lo hacía yo ni cuando tenía dieciocho. Ando distraída y tropiezo con una farola. La maleta sale disparada y los zapatos se desperdigan a mi alrededor. Yo estoy a gatas sobre la cera cuando oigo una voz.

—Señora, ¿se encuentra bien? —Levanto la mirada y allí está el chulo, ocultando sus ojos bajo unas gafas de sol de espejo. Me ha llamado señora, me hace parecer más mayor y no creo que él sea mucho más joven que yo.

—Perfectamente. —Me levanto con agilidad, sin aceptar la mano

que él me ofrece. A saber donde la ha tenido metida.

El hombre hace un amago de recoger los zapatos. Toma un botín bajo desgastado, lo mira y sonríe. ¿Qué pasa? ¿No son de marca? Reconozco que los compré en el mercadillo del pueblo, pero son cómodos y a mí me gustan. Se lo arrebato de la mano con furia.

—No necesito tu ayuda, sigue con lo que estabas haciendo. —No pienso hablarle de usted.

El hombre levanta las manos y con paso chulesco se aleja. Sube al coche y emprende la marcha con el rugir de sus motores. ¡Será imbécil!

Capítulo 3

La vecina

Esta urbanización es un verdadero rollo. Yo estoy acostumbrada a pasear hasta la plaza del pueblo, sin necesidad de mover el coche de la puerta de casa. Mi primera semana ha sido aburrida y decepcionante. Echo de menos a mi amiga Angélica, a pesar de que mantengo conversaciones diarias con ella por videollamada. No soy una superdotada de las nuevas tecnologías, pero a eso llego. Mi hija me ha propuesto que realice alguna actividad, porque ella se encuentra bien y no me necesita las veinticuatro horas del día, como si fuera un guarda jurado. Las opciones son escasas cerca de allí, así que lo único que hago es andar, dando vueltas como una tonta a las manzanas. Las casas me parecen todas iguales y sus habitantes también. Vestidos con sus trajes de marca y sus niños uniformados. Me imagino que estarán escolarizados en los mejores colegios privados de la ciudad. Aunque los chiquillos, por lo que puedo ver, tienen poca vida familiar. Los llevan a las ocho de la mañana, almuerzan en el comedor del colegio y regresan a casa después de las actividades extraescolares. Los padres salen acelerados, con sus maletines y las mochilas de los niños, y ni siquiera hacen por saludar. Yo no me considero muy simpática, pero los buenos días, aunque sea por educación, no se los niego a nadie.

Termino mi paseo matutino y cuando estoy abriendo la cancela, una mujer de mediana edad se acerca a mí. Lleva el pelo corto de un rubio ceniza y para la hora que es va perfectamente maquillada. Viste unos vaqueros y un polo con el simbolito del cocodrilo. Yo voy con unas mallas y una camiseta de marca blanca.

—Buenos días. Me llamo Rosario, pero todos me conocen por Charo. Soy tu vecina de aquí al lado.

—Encantada, Charo. Yo me llamo Antonia, sin diminutivos, por favor. —Estoy cansada de disimular la contundencia de mi nombre, con Toñi, Toni, Toñeta o Antoñita y alguno más que no recuerdo. Ella se acerca y me da los dos besos de rigor.

—Tu hija me avisó de que ibas a pasar una temporada en la ciudad. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en decírmelo. —Vaya, alguien normal.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. —No me apetece seguir con la charla. Aún no he desayunado y eso me pone de mal humor. Me doy la vuelta y empujo la cancela. Ella me sigue y entra conmigo.

—Te habrás dado cuenta de que la gente por aquí no es muy

simpática. —Arruga sus pequeños ojos castaños y hace una mueca cómica.

—Aún no he tenido la oportunidad de conocerlos. —Me imagino que no la tendré. No me gusta cotillear y no quiero seguir por ahí.

—Mi marido es alto ejecutivo en un banco y yo no trabajo. Mis hijos estudian en Madrid, en la universidad. Así que tengo mucho tiempo libre, cuando quieras, avísame y hacemos algo juntas. —Está claro que esta pobre mujer se aburre tanto como yo.

—Eres muy amable. A ver cómo sigue mi hija...

—Me parece estupendo, verás que bien lo pasamos —interrumpe mis palabras. Esta mujer no para de hablar. Creo que ni siquiera me ha escuchado.

—Charo, si no te importa, tengo que dejarte. Debo preparar el desayuno a mi hija.

—¡Uy! ¡Qué tonta! Y yo aquí haciéndote perder el tiempo. Ya me lo dice mi marido, que hablo mucho. Pues lo dicho, llámame cuando quieras.

Charo se da media vuelta y yo consigo cerrar la cancela. Subo los tres escalones de la puerta de entrada. El chalé se distribuye en planta baja con un vestíbulo. A la derecha, un despacho que hace de consulta en contadas ocasiones. A la izquierda, un gran salón que se comunica con una cocina equipada con las últimas tecnologías. Las tres habitaciones con sus respectivos baños están al fondo del vestíbulo, desde donde también sale una escalera. En la parte de arriba tienen un pequeño gimnasio y una habitación con trastos. La decoración en todas las estancias es minimalista, lo cual agradezco. Menos que limpiar. Aunque mi hija tiene contratada a una empleada del hogar y yo me siento como una reina. También tiene el aparatito ese que husmea en cada rincón de la casa, que nunca me acuerdo de su nombre, creo que se llama Bamba o algo así. La cocina es la única labor doméstica a la que me dedico, hasta la compra la hacen por internet y se la traen a casa.

Cuando entro en el salón, Alba ya está sentada en el sofá. Tiene el portátil abierto, aunque está de baja, no desconecta del trabajo.

—Buenos días, ¿has pasado buena noche?

—Hola, mamá. Estupenda. He dormido como un lirón. ¿Con quién hablabas en la puerta?

—Con tu vecina Charo, que no veas como casca.

Mi hija sonríe y se levanta.

—Sí, lo sé, pero es muy simpática y solo quiere agradar.

—Me ha dicho que la avise cuando quiera. Yo creo que necesita compañía. Dejemos de hablar de la vecina y vamos a desayunar.

—Apoyo la moción, estoy hambrienta.

Preparo café descafeinado para las dos. Yo tengo la tensión alta y

ella no debe beber excitantes por su estado. Exprimo un par de zumos de naranja y tuesto unas rebanadas de pan con aceite. Yo las acompaño con jamón del bueno, otra de las ventajas de tener dos elevados sueldos. Ella no puede comerlo y no lo entiendo, cuando yo estaba embarazada no llevaba una dieta tan estricta. Nos sentamos junto a la mesa de la cocina

—Y Roberto ¿vendrá hoy a comer? —En toda la semana lo habré visto un par de horas. Ese chico trabaja demasiado, debería dedicarle más tiempo a mi hija.

—No creo. Después del hospital público tiene consultas por la tarde en uno privado y comerá de camino.

—Pues podría parar un poquito y prestarte más atención.

—Mamá, ya lo hemos hablado. Él no puede dejar su carrera porque yo esté embarazada. Cuando nazcan los bebés será distinto.

—¿Estás segura? —digo sarcástica y me arrepiento de mis palabras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada, seguro que todo irá bien.

—Claro que irá bien. —Toma una tostada y la muerde con fuerza.

—Reconozco que he metido la pata.

—A veces prefiero que no seas tan sincera y que no sueltes lo primero que se te viene a la cabeza. Roberto y yo somos felices. Hemos buscado ser padres por mutuo acuerdo y ya tenemos hecho nuestro plan de vida.

—¿Plan de vida?

—Sí. Quiere decir que hemos programado nuestro matrimonio.

—¿Cómo una serie de Netflix? ¿Cuántas temporadas os quedan?

—¡Mamá! Contigo no se puede hablar, me sacas de quicio.

—Por mi experiencia, la vida no es una serie de ciencia ficción. Tienes que aprovecharla y disfrutar cada día de la persona a la que quieres. Olvídate de planes e improvisa. A mí me faltó tiempo para hacerlo con tu padre y me arrepiento de ello. Ahora, con mis sesenta años, soy una mujer amargada y mi tiempo de improvisar con la persona que amé se acabó.

—Yo disfruto con Roberto cuando estamos juntos y lo seguiré haciendo por mucho tiempo. No tienes por qué preocuparte.

La conversación se termina aquí. No quiero que ella se disguste. En ese instante, suena el telefonillo.

—Ya voy yo.

Me levanto y pulso el botoncito.

—Soy Charo. Se me olvidaba decirte que esta tarde voy de compras, por si te apetece acompañarme.

Miro a mi hija con expresión de fastidio.

—Di que sí, así sales de aquí y te distraes.

—Vale. ¿A qué hora quedamos?

Espero no arrepentirme.

Capítulo 4

Tarde de compras.

Salgo a la puerta y allí está otra vez el imbécil del BMW. Va vestido de *sport* con una funda de raqueta al hombro. Me mira de arriba abajo, dibuja una media sonrisa irónica y mueve la cabeza desaprobando mi indumentaria. Ya está otra vez burlándose de mí. A este le canto yo las cuarenta. Cuando me dispongo a abrir la boca, Charo toca el claxon de un Mercedes último modelo. Lo ha sacado de la parcela y está esperándome. Me voy resignada. Él arranca el coche y sale como siempre, acelerando su bólido. ¡Dios! ¡Cómo odio a ese hombre!

—Buenas, Antonia.

—Hola, Charo —contesto seca.

—¡Uy! ¿Estás enfadada?

—Más bien irritada. ¿Quién es el del BMW azul?

—Se llama Nacho. —Cómo no, diminutivo de Ignacio—. Está divorciado. Me parece que es abogado. Se ha mudado aquí hace unos meses y no he tenido oportunidad de hablar mucho con él.

—Pues para no haber hablado mucho con él, estás bien informada. —Esta mujer debe ser como la revista *Hola* del barrio.

—Tengo mis fuentes. —Lo que yo he dicho, no se le escapa nada—. A él no le hagas mucho caso, porque no le gusta relacionarse con mujeres de nuestra edad, las prefiere más jóvenes.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. Odio a ese tipo de hombres. Se creen los reyes del mambo y no asumen que la edad se les nota, al igual que a nosotras, por mucho que se peinen con el flequillo empinado y vistan a la última.

—Es lo que se lleva, mujeres jóvenes con hombres mayores y viceversa.

—Se llevará, pero en mi pueblo, de toda la vida, a eso se le llama braguetazo.

—A este no creo que lo cacen, cada día se presenta con una nueva.

—No me apetece hablar más de él. No se merece ni un segundo más de nuestro tiempo. ¿A dónde vamos?

—A un Factory a las afueras, tiene los mejores precios en ropa de marca. Te va a encantar.

Esta mujer desconoce que mi pensión pasa justo de los mil euros. Le seguiré la corriente. Aunque no pienso comprar nada.

Nos paseamos por la macro tienda. Tiene diferentes apartados para cada marca y, aunque la palabra oferta aparece por todos lados, el

precio es desorbitado. Inalcanzable para el bolsillo de una mileurista como yo. Charo entra en el probador mientras yo aguanto su bolso, que pesa como un demonio. Me pide que entre y le dé el visto bueno a un conjunto de Carolina Herrera. Su cuerpo no es muy estilizado, pechos grandes y cadera prominente, pero el traje de chaqueta blanco disimula sus curvas.

—Te queda muy bien.

—Es una ganga, mil euros de nada y es de esta temporada. —Se da la vuelta, sin dejar de mirarse al espejo—. Creo que me lo voy a quedar. ¿Tú no te pruebas nada?

—No he visto nada que me guste. —Y que pueda pagar.

—Pues me cambio y te invito a merendar algo, por haberme acompañado. Aquí hay una cafetería exclusiva que hace el mejor capuchino de la ciudad. —Y que me imagino costará un riñón.

Paga en efectivo con dos billetes de quinientos euros. Esta mujer debe tener el Banco de España en su casa, es la primera vez que veo juntos dos de esos. Charo sale feliz de la tienda con su compra y yo no siento envidia ninguna. El traje más caro que he comprado en mi vida fue para la boda de Alba, y me lo pagó ella.

Nos acomodamos en unos sillones, merecedores de estar en un lujoso palacio. Una chica uniformada nos atiende. Charo pide dos capuchinos y una degustación de tartas de la casa. Debo reconocer que todo está exquisito.

—Me encanta este sitio, siempre paro cuando vengo a comprar.

—¿Y vienes mucho?

—Cada semana, por ver si hay alguna ganga. —Pues como todas las gangas sean como el traje que se acaba de comprar, debe tener una fortuna metida en el armario. Su marido no debe ser alto ejecutivo, sino el dueño del banco.

—¿Y tu marido no te acompaña?

—¡Uy! Se aburre como una ostra y, sinceramente, prefiero que no venga.

—¿Hacéis algo juntos?

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Que si salís juntos, compartís alguna afición...

—Claro, vamos a cenar con los amigos, hacemos las excursiones de empresa y en verano viajamos con los niños.

—Nada más, no sé, cuando yo estaba casada iba con mi marido a pasear, a coger espárragos...

—¿A coger espárragos? —me interrumpe, como siempre—. ¿Teníais una huerta o algo así?

—No, en el campo crecen los espárragos trigueros y cualquiera puede cogerlos.

—¡Uy! A mí el campo como que no. Tengo alergia y no me llevo

bien con los bichos.

Está claro que, aunque Charo es agradable, nuestros mundos son totalmente distintos. Mi prioridad no es encontrar una ganga de marca, me conformo con el mercadillo de mi pueblo. Su entorno social gira alrededor de la profesión de su marido. En cierto modo, siento lástima por ella. Es una mujer florero en toda regla. Doy vueltas con la cuchara al capuchino, mientras ella sigue y sigue hablando. Creo que hace más de veinte minutos que no la escucho, hasta que, por fin, pide la cuenta. Paga con tarjeta y no veo la cifra, prefiero no saberlo.

Capítulo 5

El árbol

La fabulosa piscina que mi hija tiene en la parcela es un verdadero lujo. Es sábado y por fin podemos disfrutar de la compañía de Roberto. Los tres nos damos un baño antes de comer. Alba lleva un bikini, gracias a Dios han pasado de moda los trajes de baño premamá. Yo sigo utilizando bañador y no sé por qué lo hago, ya que barriga no tengo, pero me parece más acorde con mi edad. Cierto es que cuando voy a la piscina del pueblo hay mujeres mayores que yo luciendo su vientre. De todas formas, no necesito tomar el sol en esa parte de mi cuerpo, hace mucho que no la enseño.

Roberto es un hombre atractivo, aunque no luce tableta. No tiene mucho tiempo para ir al gimnasio. Su cara es ovalada. Siempre lleva el pelo cortado al uno, debido a las incipientes entradas de su frente, sin embargo, tiene las cejas bien pobladas. Llaman la atención sus ojos verdes, de los que mi hija se enamoró. Los dos están metidos en el agua mientras yo tomo el sol.

Nuestra tranquilidad es interrumpida por el sonido del telefonillo.

—¿Sí? —pregunto.

—Soy Charo —¿Qué quiere esta mujer ahora? Abro la cancela.

—Antonia, ¿tu coche es un Peugeot blanco?

—Sí, no me digas que le molesta al vecino, por fin pude aparcarlo cerca. —Está justo en la puerta del chulo. Lo hice a conciencia.

—Molestarle no, pero está limpiando el árbol de su parcela y te está cayendo toda la suciedad encima.

—¡Será imbécil!

Salgo como una energúmena, sin percatarme de que voy en bañador y descalza. Me planto en su puerta y lo veo subido a una escalera atizando con un cepillo las ramas del árbol. Mi coche está lleno de porquería y con el riesgo de que alguna rama me rompa la luna. Me planto en jarras fuera de la cancela, donde él pueda verme.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí? —Estoy muy cabreada.

—Limpiando el árbol —dice sin inmutarse y sigue aporreando las ramas.

—¿No te das cuenta de que mi coche está aquí aparcado?

—No sabía que esa chatarra era tu coche. —Será estúpido, lo sabe de sobra.

—Podrías haber avisado para que lo quitara antes de empezar.

—Aún estás a tiempo.

—Sabes lo que te digo, que eres un imbécil. Creo que lo has hecho a propósito. ¿Es qué te da vergüenza tener mi coche aparcado en tu puerta? Me imagino que dañará tu imagen de machito. Ya estás bajando de ahí y me lo vas a dejar como estaba, lo vas a limpiar, aunque sea con la lengua.

Nacho suelta una carcajada y me señala con el cepillo.

—Ves esto, pues luego si quieres te lo dejo y lo limpias tú.

—Pienso rayarte el BMW como no bajes de ahí y quites la mierda de mi coche. —Su bólido sigue en la puerta de nuestra casa.

—Ni se te ocurra.

—Lo haré, sin dudarlo. —Me doy la vuelta y cojo una de las piedras que adornan la jardinera. Se la enseño amenazante.

—Vale, vale, ya voy.

Cuando se dispone a bajar el primer escalón, el cepillo se queda enganchado en una de las ramas. Nacho tira de él con fuerza y del impulso cae al vacío. Suena un golpetazo que hasta a mí me asusta. Charo se acerca a mí con cara de angustia.

—Madre mía, este hombre se ha matado —dice, y a mí me entra la risa.

—No creo que sea para tanto. —Se lo tiene merecido.

—Nacho, ¿estás bien? —grita Charo, preocupada por él.

—Creo que me he roto algo —la voz casi no le sale del cuerpo.

—¿Puedes abrir la cancela?

—Lo intentaré.

Unos segundos después oímos la cancela abrirse y vemos a Nacho junto a ella, tirado en el suelo. El golpe ha sido más duro de lo que yo creía. Aviso a mi yerno y después de examinarlo, nos da el diagnóstico: una pierna y, al menos, dos costillas rotas. Quiero desaparecer, en cierto modo me siento culpable, ya no me da la risa. Una ambulancia viene y se lo lleva al hospital, al pasar junto a mí me dirige una mirada asesina.

Capítulo 6

Auxiliar de enfermería

Después de contarle a mi hija el accidente del vecino, me reprocha mi forma de actuar. Yo le digo que no lo he empujado y que se ha caído por su propio pie. Aunque ahí está Charo para decirle que lo amenacé con rayarle el coche y que por eso se bajó precipitadamente de la escalera. Quizá tenga algo de razón, pero todo empezó por su culpa y no estoy arrepentida de mis actos.

Nacho vuelve al día siguiente con la pierna escayolada hasta la ingle. Según nos cuenta Charo, que tiene la amabilidad de ir a visitarlo, le han mandado reposo absoluto y va a necesitar ayuda.

—Pobre hombre. Mamá, si es que eres muy tremenda. Ahora mismo vas a ir a pedirle disculpas.

—De eso nada, no pienso rebajarme ante él. Es un chulo prepotente y engordaré su ego aún más.

—Está bien, si no vas tú, iré yo —dice Alba.

—Haz lo que quieras, no pienso acompañarte.

Mi hija sale por la puerta enojada conmigo y yo no alcanzo a entenderlo. Los hombres como él lo único que quieren es tener un séquito de mujeres a su lado que lo adoren y yo no estoy por la labor. No se me ha perdido nada en esa casa. Además, estoy feliz, no tendré que aguantar su sonrisa burlona cada vez que me cruce con él. Ahora comprendo por qué nunca aparca el BMW en su parcela, la porquería que cae del árbol asesino tiene la culpa.

A los diez minutos vuelve mi hija y lo que me dice me deja perpleja.

—Mamá, ¿no dices que te aburres? Mañana vas a tener un nuevo trabajo. He hablado con Nacho y para compensar tú actuación de ayer, le he ofrecido tus servicios como auxiliar de enfermería.

—¡Estás loca! No pienso hacerlo. No quiero estar cerca de él y menos tener que limpiarle el culo.

—Vives al lado y no hace falta que estés todo el día allí. Tiene asistenta que le hará la comida. Tú te limitarás a ir por la mañana y por la noche para asearlo. Nada más. Al menos hasta que pueda levantarse por sus medios para ir al baño. Tendrás a tu favor que estará medio atontado por los calmantes, no va a darte mucho castigo.

—Te parece poco. Me niego. Búscale a alguien del hospital.

—Nadie va a querer el trabajo. No va a desplazarse un auxiliar tan solo para un rato por la mañana y otro por la noche. Además, ya me

he comprometido. Lo harás y se acabó la discusión.

Alba es cabezota, en eso sí se parece a mí. Opto por callarme, al final siempre se sale con la suya.

He olvidado que había quedado con Charo. Me insistió en salir esta noche con ella. Como no me ha dicho adónde vamos, he elegido un vestido camisero azul turquesa, que me regaló mi hija porque decía que hacía juego con mis ojos. Paso de llevar tacones de aguja y me calzo unas sandalias de esparto del mismo color. A las diez me recoge en la puerta con el Mercedes. Subo y antes de abrocharme el cinturón, me hace la pregunta.

—¿Has ido a visitar al accidentado?

—No, pero voy a tener Nacho para rato.

—¿Y eso por qué?

—Mi hija, que es una buena samaritana, le ha ofrecido mis servicios de auxiliar de enfermería a Nacho. Mañana empiezo, ¿te lo puedes creer? Ni siquiera me ha pedido opinión.

—¿No me digas? ¡Qué guay!

—¿Qué guay? No lo soporto.

—Me vas a llamar ignorante, pero ¿qué hace exactamente una auxiliar de enfermería?

—Pues, entre otras cosas, asear a los enfermos.

—Entonces, ¿vas a tener que lavarle sus partes?

—Me temo que sí.

—¡Qué suerte! Nacho debe estar buenísimo para su edad. —Me está llamando vieja a mí también, porque él rondará los sesenta al igual que yo—. Al menos, te alegrará la vista.

—Estoy acostumbrada, eso no me llama la atención.

—Si necesitas ayuda, no dudes en decírmelo —sonríe con picardía y me hace un guiño.

—Dejemos el temita que me cabreo. ¿Dónde vamos?

—Primero al bingo.

—¿Al bingo? —No me lo puedo creer, además de ser compradora compulsiva, es una viciosa del juego.

—¿Has ido alguna vez?

—A uno de verdad nunca, si no contamos el de la asociación de mujeres del pueblo que jugamos a cinco céntimos el cartón.

—Bueno, por lo menos sabes jugar.

Esta mujer no se acaba de enterar de que no dispongo del mismo dinero que ella. Supongo que tengo que decírselo.

—Charo, a mí no me gusta gastar dinero en el juego.

—Tranquila, yo te invito. Jugaremos unos cartones de nada y ya está.

El Gran Casino es un edificio moderno de cristal y acero. Accedemos a él por una puerta giratoria. La zona de recepción es

amplia. En el mostrador hay una chica con chaqueta azul marino y cola de caballo que nos sonríe amablemente. Se nota que es asidua al local, porque le pregunta por su marido. Comprueba nuestra identidad y nos indica que podemos pasar a la sala. La primera estancia está llena de máquinas recreativas con sonidos estridentes. Los jugadores ni nos saludan cuando pasamos a su lado, porque están atentos a las pantallas esperando el ansiado premio, que, por supuesto, nunca llega y, si lo hace, vuelve al agujerito de las monedas.

Atravesamos una puerta y veo una inmensa sala de bingo. Charo me indica que nos sentemos en su mesa de la suerte. Yo la sigo. Llama a la camarera para que nos sirva algo de bebida. Ella se pide un benjamín y yo una cerveza sin alcohol. Otra señorita nos vende los cartones, que ella paga con un billete de cien euros y deja la vuelta encima de la mesa. Supongo que su intención será gastarlo todo. Charo juega cinco y yo uno. Lo prefiero, no estoy acostumbrada y sin las gafas de cerca, los números me marean.

Esta noche no cantamos ni la Tarara. Ya llevamos aquí una hora y esta mujer no se cansa. Creo que es el momento de irnos. De repente, Charo se levanta como una posesa de la silla, agitando el cartón.

—¡Bingo! ¡Bingo! —grita con una sonrisa de oreja a oreja. No me extraña, con la fortuna que lleva gastada.

La señorita le recoge el cartón y se lo lleva. Lo comprueba.

—El bingo es correcto. ¿Algún bingo más? —Se oye por el altavoz de la sala.

Al no recibir respuesta, vuelve a nuestra mesa y le hace entrega del premio. Le echo un vistazo al montante y puedo asegurar que ha recuperado escasamente el dinero invertido. Ella es feliz, y yo también cuando la oigo decir que nos vamos.

—¡Qué rato más divertido hemos pasado! —dice emocionada, mientras arranca el coche.

—Divertidísimo —digo entre dientes—. ¿Adónde vamos?

—A un pub de los ochenta, ya verás como te gusta.

Tardamos en llegar cinco minutos. En la puerta del local puedo leer El Desguace, cuando entro entiendo perfectamente el significado de ese nombre. Los clientes son de entre cincuenta y ochenta años. Me imagino que la mayoría divorciados o en busca de pareja. Los hombres bien vestidos, donde el traje de chaqueta se impone sobre cualquier otra indumentaria. Las mujeres, en su mayoría, con conjuntos llamativos ajustados y con lentejuelas que hacen daño a la vista. Nos acercamos a la barra y las camareras, aunque pueden ser de mi edad, llevan top con la barriga al aire y pantalones estrechos que acentúan sus michelines. Charo pide otro benjamín y yo otra cerveza sin alcohol, al ir a pagar, la camarera que nos atiende tiene que hacer uso de sus gafas de cerca, con el fin de atinar con la cuenta. Lo único

acertado de ese singular local es la música. Suenan canciones de los ochenta.

—Vamos a bailar —digo a Charo, que me mira sorprendida.

—No creía que fueras tan lanzada.

—Si hay algo que me gusta en esta vida es bailar.

Las dos salimos a la pista y yo me dejo llevar por la música. El sitio no es que me guste, pero me da igual. Voy a disfrutar, qué suerte haber elegido mis sandalias de esparto. Charo se retira en la segunda canción y yo sigo bailando. Total, aquí no me conoce nadie.

—¿Has venido sola? —pregunta un señor de aspecto elegante encorbatado que se acerca a mí. Dudo en contestarle, pero lo hago.

—No, con una amiga.

—Bailas muy bien. Es la primera vez que te veo por aquí. —El hombre me mira de arriba abajo y odio que hagan eso. Por su cometario debe ser un asiduo y eso me hace desconfiar.

—Sí —contesto sin dar más explicación.

—Me dejas que te invite a una copa.

—No bebo. —Creo que con mi respuesta dejará de molestarme.

—¿Un refresco? —Y dale, este hombre no coge la indirecta y no quiero ser desagradable.

—Prefiero seguir bailando.

—Está bien, estoy en la barra por si cambias de opinión.

—No lo haré. Gracias.

Estoy seca y me voy a la barra con la idea de apurar la cerveza sin alcohol. Descubro a Charo hablando con el hombre que hace unos minutos me invitaba a la copa.

—Antonia, ven que te presente. Este es Kike —Qué manía con los diminutivos, con lo bonito que es Enrique—, es compañero de mi marido. Fíjate qué casualidad encontrarlo aquí. —De casualidad nada, estos dos se han visto antes en este antro.

—Hola, Kike —digo con retintín. Él se acerca y me da dos besos, que yo acepto. No me queda más remedio, no quiero hacerle un feo a Charo.

—He intentado invitarla a una copa y me la ha rechazado —explica.

—Entiéndela, no conoce a nadie en la ciudad y es el primer día que sale. No va a hacer caso al primero que le haga una proposición. El mundo está como para fiarse de cualquiera —Charo, a su manera, intenta disculparme.

—La verdad es que no me apetecía —digo y los dos ríen suponiendo que es una broma.

—Qué graciosa eres —dice Kike.

—Creo que deberíamos irnos. Mañana tengo que trabajar. —Con la excusa de mi trabajo forzado, Charo no tendrá más remedio que

aceptar mi invitación a salir pitando de allí.

—Tienes razón. Soy una desconsiderada. Adiós, Kike. Ya nos veremos otro día.

—Eso espero. Antonia, me ha encantado conocerte.

—Me alegro. ¿Nos vamos ya?

—¡Qué golpes tienes! Me gusta tu sentido del humor —añade Kike. En mi vida me han dicho muchas cosas, pero nunca que tuviera sentido del humor.

Capítulo 7

El primer día

Me levanto temprano. No he pegado ojo pensando en lo que me espera. Es una pena que no tenga mi bata de auxiliar, de esa manera me sentiría más cómoda. Seguro que cuando entre por la puerta, me mira de arriba abajo. Saco del armario lo primero que pillo: unas mallas negras tobilleras y una camiseta del mismo color. Le doy los buenos días a mi hija sin mucha alegría y ella lo nota enseguida.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadada?

Me espera sentada en el sofá y deja por un momento el ordenador. Me tomo unos segundos en contestar.

—¿Tú que crees? Esto no saldrá bien.

—No seas tan negativa. Nacho parece agradable, por mucho que tú te empeñes en verlo como un chulo engreído. Ayer se comportó educadamente.

—Tú no has sido la que le amenazó con rayarle su descapotable.

—No le des más vueltas. Vamos a desayunar, que te estará esperando.

Tengo el estómago encogido y a penas me entra un café. Me dirijo a la cancela del vecino. Toco el timbre y la voz de una mujer me habla.

—Sí, ¿quién es? —por el acento debe ser extranjera.

—Soy la vecina…, la auxiliar de enfermería.

—Le abro.

La puerta de entrada se desliza automáticamente y mis sospechas se confirman. La asistenta es morena y bajita, con rasgos afroamericanos.

Accedo a la parcela. Se parece a la de mi hija. El césped que rodea la piscina está recién cortado y miro a mi derecha, donde se encuentra el árbol asesino. El chalé es una construcción compacta de un gris oscuro que me recuerda al tanatorio de mi pueblo. Accedemos desde el lateral por una puerta acristalada. El salón nos recibe y, para mi sorpresa, es luminoso. Los muebles son acogedores y dos grandes sofás invitan a echarse una siesta. Una enorme televisión de plasma cubre una pared y en la otra se pueden ver dos cuadros gigantes. En cada uno de ellos una mujer desnuda, se diferencian en que en el primero se muestra de frente y en el segundo de espaldas, pero no hay duda de que es la misma modelo. También anda por allí la Bamba esa, debe estar de moda.

Llegamos a un vestíbulo y la chica se para.

—Esa es la habitación del señor.

Ella se aleja y me deja plantada sola ante la puerta. Golpeo y no oigo su invitación, así que entro sin más.

La habitación es tan grande como el salón, con una cama de dos por dos y un armario empotrado que ocupa por completo una de las paredes, a la izquierda se puede ver un baño de diseño y a la derecha un gran ventanal que da al jardín. Me acerco sigilosamente hasta el enfermo, que parece dormido. Me quedo observando su cara. Es la primera vez que lo veo de cerca sin sus gafas de sol. Es increíble que después de dos días su flequillo salpicado en canas siga empinado, debe usar un fijador extrafuerte. Ahora entiendo por qué esconde sus ojos, para ocultar las arrugas de sus rabillos. En ese mismo instante, Nacho despierta y me mira.

—Buenos días. No me he dado cuenta de que estabas ahí —dice somnoliento. Sus palabras suenan pesadas, me imagino que debido a los calmantes.

—Buenos días —contesto arisca, pero educada.

—He accedido a que me atiendas porque me lo debes, aunque te pagaré tus servicios.

—Yo he accedido porque mi hija se ha empeñado y yo no te debo nada.

—Si no es por ti, no estaría aquí. No te puedes ni imaginar el perjuicio que me has causado. Tendré que dejar en manos de unos colegas los casos pendientes y… —Se estremece de dolor al removerse en la cama.

—Y las citas que habrás tenido que posponer con esas chicas maravillosas —completo su frase.

—No estoy para bromas. Haz tú trabajo. No me apetece hablar contigo.

—Lo mismo digo. ¿Llevas pañal? —Es lo más normal, desde ayer que vino del hospital habrá tenido que hacer sus necesidades en algún sitio.

—No soy ningún viejo para usar pañal.

—¿No has hecho nada desde ayer por la tarde? —pregunto extrañada. Estará a punto de reventar.

—No.

—¿Tienes ganas de… —seré fina— de orinar o hacer de vientre?

—Las dos cosas —susurra.

—No te he entendido.

—¡Sí, tengo ganas de mear y de cagar!

—Vale. ¿Dónde está la cuña?

—¿Tú te crees que esto es un hospital? No tengo de eso.

—Tampoco tendrás la botella.

—¿Qué botella?

—La que se pone ahí —Señalo hacia su parte más íntima—, para orinar.

—No.

—Aguanta un poco, ahora vengo.

Me dirijo a la cocina y le pido a la chica morena que me dé una botella de agua, la vacío y vuelvo a la habitación.

—Por el momento, hazlo aquí. Apunta bien, si no te pondrás perdido. ¿Tienes entremetida colocada?

—No pretenderás que mee en eso. —Señala a la botella que aún sostengo en mi mano—. Además, ¿qué coño es una entremetida?

—Un salvacamas, para evitar que te mees en tu carísimo colchón. —Se acabó la finura, a tomar por saco.

—Mira, no tengo nada de eso. Ve y lo compras. Cuando tengas la cuenta te hago un Bizum.

—Yo no uso de eso.

—Bueno, pues te lo pago cuanto tenga efectivo. —Madre mía, un tío cómo él y sin un billete en el bolsillo.

—Vale, ve haciendo lo que puedas. Vuelvo con lo que necesito.

Le doy la botella, que introduce bajo la sábana, y me alejo de él con una media sonrisa. Estoy disfrutando de lo lindo.

***

En media hora regreso con lo necesario: una cuña, una botella, un paquete de entremetidas, esponjas jabonosas, toallitas húmedas, una palangana, hidratante y colonia fresca. Entro en la habitación y vuelve a estar dormido. Coloco mi compra en el aseo. La ducha a ras del suelo es como mi baño. Intuyo que esa ducha habrá remojado a más de una en su compañía.

Le llevo la cuña y le doy en el hombro con ella, con el fin de que espabile.

—Toma, haz lo que tengas que hacer y te limpias con las toallitas, te las he dejado encima de la mesilla.

Me mira de reojo y coge el artilugio de mala gana. Lo mete entre las sábanas.

—Necesito intimidad —dice malhumorado.

—Avísame cuando termines.

Salgo de la habitación y espero apoyada en la puerta. Se nota que estaba a punto, porque no tarda en llamarme.

—Ya puedes entrar.

Voy al baño, lleno la palangana de agua templada y cojo una esponja jabonosa, una entremetida y una toalla.

—Dame la cuña.

Con cierta vergüenza me la entrega, la dejo en el baño y me

dispongo a asearlo. Tiro de la sábana y su cuerpo desnudo se descubre ante mí. He visto muchos y no me causa ninguna sensación, aunque debo reconocer que no está mal para su edad. En las piernas tiene menos vello que yo, aunque conserva el del pecho y el de sus partes íntimas. Él sonríe orgulloso, como diciendo aquí estoy yo. No he conocido en mi vida a un hombre tan vanidoso. Mientras hago mi trabajo, Nacho permanece en silencio y yo también. Intento no mojar la escayola de su pierna derecha. Cuando toco la zona de las costillas, hace un movimiento y emite un leve gemido.

—Perdón. —Seré estúpida, ni perdón ni nada. Esto es lo que hay.

—Tranquila, puedo soportarlo. —Y ahora se hace el machito.

Termino de adecentarlo y lo embadurno con crema hidratante. Cuando me dispongo a utilizar la colonia fresca, me para.

—Ni se te ocurra echarme eso. Ve al baño y en la estantería hay un frasco de mi colonia. No quiero oler a hospital.

—Hace calor y esta colonia no es tan pegajosa como los perfumes caros que usas, te sentirás mejor. —No sé ni para qué me molesto.

—Te he dicho que no la quiero.

—De acuerdo, tú mandas.

Me doy la vuelta con cara de mala leche y encuentro el frasco, que le entrego y él mismo se aplica.

—Recojo y me voy. Volveré sobre las ocho.

—Dame tu teléfono, por si hay alguna urgencia. Por cierto, ¿cómo te guardo en mis contactos? —No me lo puedo creer, ni siquiera se ha preocupado en averiguar mi nombre.

—Antonia, me llamo Antonia, sin diminutivos.

—OK. Antonia. Mañana te pagaré la compra y añade un uniforme, prefiero no tener que ver tu ropa. —Ya me extrañaba a mí que no se metiera con mi forma de vestir.

—Como ordene el señor —digo con una sonrisa fingida y salgo de allí convencida de que esto no saldrá bien.

Con toda seguridad, acabaremos tirándonos la cuña a la cabeza.

Capítulo 8

Antiguas alumnas

El primer asalto lo he superado sin dificultad, aunque no con agrado. Nada más salir de aquella casa me compré la bata, siguiendo las instrucciones del señorito.

Mi hija me ha sometido al tercer grado, intentando averiguar si me había comportado con profesionalidad. A sus preguntas he contestado escueta y sin ganas de dar muchas explicaciones. Hemos comido solas, como siempre. Las ausencias de Roberto ya no me importan. Alba es feliz y no quiero marearle la cabeza con mi manera de entender el matrimonio. Me he echado una buena siesta y al caer la tarde nos hemos dado un baño y tomado el sol plácidamente disfrutando de un té helado. Un zumbido en el móvil interrumpe mi momento de relajación.

Desbloqueo el teléfono y me encuentro que un número desconocido me ha añadido a un grupo de WhatsApp llamado ANTIGUAS ALUMNAS. En el perfil veo una bata blanca. Leo el texto del primer mensaje sin dificultad, Alba me ha configurado el tamaño de la letra para no tener que usar las gafas de cerca a todas horas.

—Hola, chicas. Soy María José, espero que me recordéis —la recuerdo, era una compañera del curso de enfermería en el que, por cierto, solo había mujeres—. He pensado que algunas de vosotras estaréis a punto de jubilaros, si no lo habéis hecho ya, y antes de que nos dediquemos a disfrutar de los viajes del Imserso —a continuación pone una cara sonriente, como si tuviera gracia—, podríamos volver a vernos. He buscado un salón de bodas a las afueras de la ciudad y tiene libre el último sábado de este mes. Si os apetece la fiesta, por favor, contestad en el grupo. Se me olvidaba deciros que podéis venir con o sin pareja, como queráis. Espero vuestra confirmación y número de personas que acudirán al evento.

—Lo que me faltaba, una reunión de antiguas alumnas —pienso en voz alta.

—¿No me digas? —Mi hija tiene el oído muy fino.

—Sí, del curso de auxiliar de enfermería.

—¿Y dónde es?

—Aquí, en la ciudad —contesto sin ilusión.

—Me encanta.

—Pues a mí no. No tengo ganas de aguantar a mujeres sesentonas eufóricas contándome su vida y enseñándome las fotos de sus nietos.

—Mamá, eres una aguafiestas. Apúntate, ya verás como lo pasas bien. Además, me imagino que después tendréis baile y eso a ti te gusta.

—No me apetece.

Dejo el teléfono encima de la mesa de apoyo, donde reposa el té helado, y de un salto me zambullo en la piscina, de pie, por supuesto, no sé tirarme de cabeza. Nunca lo he intentado, me da miedo y siempre pienso que voy a empotrar el cráneo en el suelo. Le doy vueltas a la fiestecita, que considero una tontería, es una tradición absurda exportada de los americanos. Además, ya no recuerdo ni a la mitad de las compañeras y muchas de ellas irán con sus parejas y yo no tengo. Quizá si mi marido siguiera vivo, que era más simpático que yo, me habría animado. En fin, creo que declinaré la invitación.

—¿A qué hora tienes que ir a casa de Nacho? —grita mi hija desde su tumbona.

—A las ocho —alzo la voz.

—Son las siete y media, deberías salirte ya del agua.

—Yaaa voooy —digo con resignación.

***

Cuando termino de vestirme con mi bata blanca, entra una videollamada de Angélica. No sé por qué le cuento el rollo de la fiesta. Ella me anima, al igual que mi hija, a ir. Conocedora de las últimas circunstancias de mi situación. Me pregunta con insistencia por Nacho. Creo que piensa que es un Richard Gere o un George Clooney, y doy fe que no se parece a ellos ni en lo blanco de los ojos y tampoco es un caballero. Le quito sus fantasías románticas de la cabeza y le hago ver que mi interés por los hombres se apagó hace mucho tiempo. Le cuelgo, llego tarde.

La chica me abre de nuevo la puerta y le pregunto su nombre, para dirigirme a ella con propiedad. Se llama Gloria y es de Perú. Es encantadora, aunque poco habladora, cosa que agradezco.

Entro a la habitación y él está despierto.

—Llegas tarde.

—He ido a comprar la bata —miento, y por su expresión se queda conforme.

—Intenta no retrasarte. La botella está llena, la he dejado en el suelo. Necesito la cuña. —Otra vez… a mí me cuesta ir una vez al día.

Se la entrego y salgo de la habitación sin necesidad de que me lo diga.

Cuando estoy entrando de nuevo. Una llamada en el móvil me detiene. El número no lo conozco, pero lo atiendo. Observo cara de irritación en el convaleciente, mas me da igual, que espere un ratito, no se va a morir.

—¿Sí? Dígame.

—Hola, soy Kike. Me ha dado tú número Charo. —Mira ella qué simpática.

—Dime, Kike —contesto agradable, mientras Nacho aguza el oído.

—Verás, me caíste muy bien la otra noche y me gustaría volver a verte.

—Estoy liada. Tengo que estar con mi hija, no puedo dejarla mucho tiempo sola. —Imagino que esa excusa no le valdrá e insistirá de nuevo.

—Podemos ir a cenar y conocernos un poco.

Nacho me hace una señal para que cuelgue. Se impacienta.

—Ahora mismo no puedo hablar, Kike, llámame en una hora, si no te importa —digo su nombre con toda la intención. Nacho sigue atento a mi conversación.

—No te preocupes, cuando tú puedas.

—Hasta luego, Kike.

Cuelgo y sonrió, aunque reconozco que no me hace ninguna ilusión salir con ese señor.

—¿Quién era? —pregunta Nacho, lo cual me coge de sorpresa.

—Vengo a trabajar, no a contarte mi vida privada.

—Pues para otra ocasión no atiendas llamadas privadas cuando estés trabajando.

—Descuida, no lo haré.

Saca la cuña de entre las sábanas y me la entrega. Después, trabajo en silencio. Él tampoco suelta ni una sílaba y yo lo agradezco. No quiero escuchar su voz. Termino y cuando voy a salir, llama mi atención.

—Toma, llévatelas. Mañana Gloria no vendrá a primera hora, tiene que ir al médico. —Me muestra un juego de llaves.

—¿Te fías de mí? Aquí tienes cosas de valor. ¿Siempre le das las llaves de tu casa a la primera mujer que conoces? —digo con ironía.

—No. Pero no me queda más remedio. En otras circunstancias no serías la mujer elegida para darle las llaves de mi casa.

—En otras circunstancias, yo tampoco las aceptaría. —Chulo engreído.

Cojo las llaves de un tirón y salgo de la habitación llena de furia. Lo odio.

Capítulo 9

La urgencia

Kike vuelve a llamar justo una hora después, al menos cumple lo que dice. Me lo quito de encima como puedo y le doy a entender que si cambio de opinión, contactaré con él. Creo que además de no apetecerme mucho la cena, confieso que no he salido con ningún hombre desde que murió mi marido y no sabría ni cómo comportarme. Mi interés por volver a encontrar pareja está fuera de servicio, al igual que mi apetito sexual.

Esta noche estoy agotada, no tanto por el trabajo en casa de Nacho, sino por la tensión acumulada. Cuando estoy cerca de él tengo que contener el impulso de estrangularlo, sobre todo, cuando abre su boquita y suelta una estupidez.

Ceno algo ligero y doy las buenas noches a Roberto y a mi hija. Necesitan intimidad y mi presencia puede restársela. Los veo en el sofá. Ella acostada con las piernas sobre el regazo de él. Me parece una estampa muy tierna y así es como debería ser todos los días.

Me meto en la ducha y caigo en la cama mortal. Un sueño extraño se adueña de mí, en él, Nacho se levanta y ya no lleva escayola. Se acerca a mí con la cuña en la mano y cuando me va a lanzar su contenido, el teléfono suena y suena. Abro los ojos y mi móvil se mueve sobre la mesita de noche. Lo alcanzo como puedo y miro la hora. Son las dos de la mañana y no identifico el número, así que cuelgo y me doy la vuelta en la cama. ¿A quién se le ocurre llamar a esta hora? Solo pasan unos segundos y la campanita del WhatsApp vuelve a molestarme. Leo el mensaje.

—Soy Nacho. Me duele y no puedo dormir. —¡Madre mía la que me ha caído!

¿Qué hago? Le escribo o lo dejo que sufra.

—¿Te has tomado el calmante?

—Sí, uno después de cenar y otro hace media hora.

—Espera que te haga efecto. Buenas noches.

Bloqueo el móvil e intento conciliar el sueño. Le pego dos palmetazos a la almohada y hundo la cabeza en ella. Imposible, este cretino me ha desvelado. Lo odio. Me levanto, me calzo las chanclas y con mi pijama de verano de *101 dálmatas* que me compre en el Primark, salgo de la habitación. Cojo las llaves de Nacho y me encamino, con un cabreo de tres pares de narices, a socorrer al

enfermo. En la calle no hay un alma, a pesar de ser pleno verano. En mi pueblo seguro que mis vecinas están sentadas al fresco.

Consigo abrir la cancela con la primera llave que elijo y entro por la cristalera del salón. No encuentro ninguna luz encendida y me tropiezo con la mesa baja que hay en el centro, clavándome uno de los picos en la pierna.

—Me cago en… ¡Maldita sea! —grito, y me doy un masaje intentando evitar que me salga un moratón.

Voy cojeando hasta la habitación y veo que la luz sale por debajo de la puerta.

—Pasa, te he oído —la voz de Nacho me sorprende, aunque no me extraña, después del golpetazo que me he dado.

Entro y lo veo con el ordenador, me imagino que intentando entretenerse y así olvidar el dolor.

—¡¿Tú te crees que me puedes despertar a las dos de la madrugada?! —escupo colocando mis brazos en jarra.

—Tampoco es para ponerse así —dice con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera algo normal, y vuelve a fijar sus ojos en mí, haciendo una inspección ocular de mi pijama, pero esta vez no hace ningún comentario. Sonríe y cierra el ordenador esperando mi respuesta con una mirada burlona.

—Me pongo como me da la gana.

—Pues vete.

—Por supuesto que me voy. No soy una mujer de esas que a la primera de cambio están a tus pies. Si te encuentras tan mal, llama a urgencias. Yo no soy médico.

—Ya sé que no eres médico.

—Brrr, me pones de los nervios. ¿Me has llamado para fastidiarme?

—No. Te he llamado porque no tengo a quien recurrir y porque, aunque no te lo creas, me duele —aclara con seriedad.

Observo que su posición no es la más idónea. Decido ayudarlo.

—No puedes dormir así, deberías estar en posición supina.

—En cristiano, por favor.

—Quiero decir en posición vertical con la espalda apoyada contra la almohada. ¿Tienes algún cojín triangular? Como los que se usan para leer en la cama.

—No, pero en el salón hay varios cojines, ve a mirar, quizá alguno pueda servir.

Salgo de la habitación y enciendo la luz del vestíbulo. No quiero llevarme otro golpe. Reviso la dureza de los cojines y me llevo un par de ellos.

—Bien, ahora lo más difícil es conseguir que te muevas. Debes incorporarte durante unos segundos, mientras que los coloco. A la de tres: una, dos y tres.

Nacho se levanta, y con toda la rapidez que me es posible, ajusto la almohada y los dos cojines.

—Vale, acomódate de nuevo.

Al dejar caer su espalda, emite un alarido de dolor.

—¡Dios! ¿No había otra forma de hacerlo?

—No sin ayuda. Pesas demasiado para mí. ¿Tienes bolsas de gel frío en el congelador?

—Creo que sí, hace unos meses me hice un esguince. Mira en la puerta de la izquierda del frigorífico.

Cuando llego a la cocina, no consigo distinguir la puerta del frigorífico. El diseño es tan moderno que todos los armarios son iguales. Comienzo por el primero que me encuentro, dentro veo una cristalería de último diseño que hasta a mí me daría miedo beber en ella, no hay por donde cogerla. La siguiente puerta me sorprende con comida macrobiótica, fibras y proteínas. Este hombre no se da cuenta de que a su edad no existen los milagros. La tercera está ocupada por una vajilla de porcelana blanca, debo admitir que me gusta, y por fin doy con la puerta del congelador. A excepción de una considerable cantidad de hielo y dos o tres bolsas de verduras congeladas no hay mucho más. ¿Este hombre debe ser como un pajarito? Localizo el gel frío y la curiosidad me puede. Abro el frigorífico y alucino, tiene huevos, limones, yogures, fresas, dos horteras con carne y, eso sí, de botellas de cava, vino y cervezas no está nada escaso, como si esperara visita todos los días. Dejo de fisgonear, de lo cual no me avergüenzo ni lo más mínimo, y vuelvo a la habitación.

—Toma, aplícatelo en la zona de las costillas durante al menos veinte minutos. Te calmará. —No sé por qué lo hago, ni siquiera me lo va a agradecer—. Me voy, necesito descansar.

—Recuerda que mañana no estará Gloria a primera hora y tendrás que hacerme el desayuno.

—No hace falta que me lo recuerdes de nuevo, estoy mayor, pero no tanto. Buenas noches.

—Buenas noches, y cierra bien la cancela al salir.

Me lo quedo mirando, esperando al menos un gracias y el tío cierra los ojos y me ignora. Será..., si es que me lo tengo merecido.

Salgo de la parcela y cierro con tanta fuerza la puerta de la cancela que hasta yo me asusto. Cuando llego a casa y me tumbo en la cama, mi móvil suena y leo.

—Te he dicho que la cierres, no que te la cargues. —¡Será Imbécil!

Capítulo 10

La cena

Me duele la cabeza. El ajetreo de la noche de ayer no me ha dejado descansar, y para colmo, tengo que hacerle el desayuno al señorito. Entro en su casa sin hacer ruido. Busco la cafetera y descubro que la única que tiene es una de esas de cápsulas. Sé cómo funciona porque en la residencia era la que usábamos. Abro los armarios y encuentro una cajita con los dichosos paquetitos, por supuesto, no hay descafeinado. Pan tampoco hay y jamón menos. Así que decido ir a casa de mi hija a por el tostador y todo lo demás.

Preparo una bandeja con desayuno para dos, porque yo no me voy a quedar sin comer. Entro en la habitación y aún duerme. Dejo la bandeja en la mesita de noche y corro las cortinas del ventanal.

—¡Cierra esas cortinas! —dice Nacho, tapándose con el antebrazo los ojos.

—Son casi las diez y yo tengo mucho que hacer. Espabila si quieres desayunar, si no, me largo.

—Eres la mujer más desagradable que he conocido.

—Pues esta mujer desagradable, ayer vino en tu auxilio. Para desagradable tú, que ni siquiera me diste las gracias. Sí tú has pasado mala noche, yo también y aquí estoy.

Nacho calla y hace un intento por incorporarse en la cama.

—No tenías nada en la cocina y he tenido que ir a por provisiones.

Le coloco la bandeja sobre las piernas, con café, zumo de naranja y tostadas con aceite y jamón.

—¿Esto qué es? —pregunta entre extrañado y sorprendido.

—Tu desayuno.

—¿Y mi batido de proteínas?

—No lo sé, buscar en tus armarios es una odisea y, además, ahora no lo necesitas. No vas a jugar la *Champions* y el jamón tiene proteínas, el zumo vitamina C y el aceite vitamina E. Come.

Me mira con resignación y yo me siento cerca de la mesita de noche y lo acompaño degustando el suculento desayuno. Mi teléfono me interrumpe. Es Kike. Mi primer impulso es hacer caso omiso, pero me encanta que Nacho se cabree, así que lo descuelgo y como tengo las manos pringosas, le doy al altavoz. Realmente es una excusa, voy a disfrutar de lo lindo.

—Buenos días, Kike.

Nacho me mira mal.

—Buenos días, Antonia. Perdona que insista, pero me han hablado de un nuevo restaurante en el centro y me gustaría que me acompañaras esta noche a conocerlo. No te entretendré mucho, te aseguro que antes de las doce estarás en casa, como la Cenicienta.

—Verás, he pensado en tu llamada de ayer y acepto tu invitación.

—Estupendo, te recojo a las nueve, mándame tu ubicación.

—Ahora no estoy en casa, en una hora te la paso. —No tengo ni idea de cómo hacerlo, se lo diré a mi hija. No pienso admitir delante de Nacho que soy una inútil con la tecnología.

—Nos vemos esta noche. Un beso, guapa.

—Un beso para ti también —digo con voz melosa. ¡Me he pasado! Yo no soy así.

—Te dije que no cogieras llamadas mientras trabajabas.

—Ahora no estoy trabajando, estoy desayunando.

—Qué pronto has hecho amistades en la ciudad, no pensaba que eras tan…

—¿Tan qué? Mira, te voy a decir un par de cositas. Yo seré de pueblo, pero no vivo en la prehistoria, donde una mujer de mi edad —no pienso decirle que tengo sesenta—, cuando enviudaba, se quedaba para vestir santos. Me gusta salir, bailar y pasar un buen rato con un caballero, cosa que tú no eres. ¿Te queda claro?

—Claríííisimo —dice con retintín—. Ahora me toca a mí. Aunque no lo creas, sí soy un caballero, ninguna de las mujeres con las que estado me ha dicho lo contrario. En cuanto a ti, no creo que ese tal Kike disfrute esta noche con tu compañía, me pareces borde, pedante y siesa.

—Muy bien, ya que nos hemos dicho lo que pensamos el uno del otro, no tenemos nada más de lo que hablar. Hago mi trabajo y punto. Se acabó.

—Por mí perfecto. Toma la bandeja, ya he terminado.

Termino de asearlo y salgo de su casa mosqueada, como siempre. Este hombre me saca de mis casillas. Cuando estoy cerrando la cancela, despacio, para no recibir otro mensajito, Charo viene hacía mí pegando saltitos. Esta tiene ganas de chismorrear.

—Buenos días, Antonia. ¿Qué tal te va con él? —Me guiña un ojo.

—Pues mal, para que nos vamos a engañar. No lo soporto.

—No será para tanto. Tú dale unos días, verás como cada vez os entendéis mejor. La verdad es que es una faena. Nacho estaba acostumbrado a no parar en casa y debe ser una tortura para él estar metido en la cama. Deberías ser más compresiva.

—No se merece mi compasión.

—Eres durita. Por cierto, me ha escrito Kike, ya me he enterado de que has quedado con él. —Como corren las noticias, cualquiera

guarda un secreto estando Charo de por medio.

—Sí, vamos a cenar a un restaurante nuevo en el centro.

—Lo conozco, mi marido y yo fuimos hace un par de noches con unos clientes suyos que están podridos de pasta. Parece ser que le debían unos favores y no escatimaron pidiendo lo mejor de lo mejor. Es un sitio exquisito. Tienes que ir arreglada, ya me entiendes.

Ese ya me entiendes me deja descolocada. Creo que tengo ropa decente, pero dudo que sea acorde con los clientes de ese local.

—Si quieres te puedo dejar algo, ¿por qué no vienes a casa y echas un vistazo a mi vestidor? —Parece que ha escuchado mis pensamientos.

—No te molestes.

—No es molestia, lo hago encantada.

La sigo hasta su casa. El jardín está lleno de estatuas griegas y de enanitos, que no pegan ni con cola, colocados de forma aleatoria y sin ningún sentido. Hay tantas plantas y jardineras que parece una selva. La vivienda es rococó, con escaleras de mármol en la entrada y un porche con columnas que me recuerda a una casa estilo americano. Atravesamos la puerta y el vestíbulo es como un gran salón, lleno de jarrones coloridos, espejos dorados y un recibidor de mármol. Definitivamente, la decoración no es lo suyo. Menudo mercadillo hacía yo con todos estos trastos. Otra que tiene la Bamba en marcha, definitivamente, me tendré que comprar una. Subimos las escaleras, también de mármol, y accedemos a un vestidor inmenso que, a diferencia del resto de la casa, está totalmente organizado.

—Este es mi lugar favorito.

—Vaya, podrías montar una tienda.

—Es mi único vicio. —El único no, también está el bingo.

—Debes tener un dineral aquí invertido.

—Eso es lo de menos. Cuando me aburro de la ropa o de los accesorios, los dono. Elige lo que quieras y pruébatelo. Yo soy un poco más ancha que tú de caderas y de pecho, pero algo te servirá. Espera, creo recordar que tengo aquí un vestido de seda que ya no me entra.

Charo descuelga una de las perchas y me muestra un precioso vestido de seda rosa, con escote en pico y mangas acampanadas. Me desprendo de la bata y me quedo en ropa interior.

—Estás muy bien para tu edad. No tienes ni celulitis.

—Gracias a mis paseos, supongo, porque no hago otro ejercicio.

Dejo caer el suave vestido sobre mi piel y se nota que es de calidad. Me miro al espejo y me queda como un guante.

—Estás guapísima, no lo dudes, ese es tu vestido para esta noche.

—No sé, demasiado…

—Nada de demasiado. Estás ideal, ¿qué número usas de zapatos?

—Un treinta nueve.

—¡Igual que yo! —Se dirige hacia la estantería donde se pueden ver todo tipo de zapatos, ordenados por colores—. Estas sandalias son ideales y no muy altas. Llévatelas también.

—Gracias, Charo, te debo una.

—No me debes nada, pero hay una condición.

—¿Que el vestido desaparece a las doce de la noche? —Me siento como una Cenicienta y ella es, sin duda, mi hada madrina.

—¡Qué graciosa eres! —Lo que yo he expresado se llama ironía. Esta mujer no se entera—. Con la condición de que me lo cuentes todo.

—No creo que haya mucho que contar, pero lo haré.

—Se me olvidaba, debes llevar un bolso. Tengo uno de mano monísimo.

La mujer rebusca en uno de los cajones y me lo da.

Salgo de su casa equipada y con una preocupación menos.

***

He atendido a Nacho con el que no cruzado ni dos palabras. Mi hija me ha maquillado un poco y ya estoy en la puerta esperando a Kike. Aparece por la esquina de la manzana en un Audi azul marino con un diseño elegante y discreto, no como el descapotable llamativo de Nacho. Eso me gusta. Se baja de su asiento y me abre la puerta como un caballero. Eso también me gusta.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

En el coche escucho una canción de Sinatra, además tiene buen gusto para la música. Su atuendo es un pantalón azul marino, una camisa blanca y una chaqueta de lino color crudo. Debo reconocer que viste acorde a su edad y se ve elegante. Su colonia es fresca y varonil.

—Estoy muy feliz de que hayas aceptado mi invitación.

—No suelo salir mucho, la verdad. Donde vivo no hay mucha distracción y nos conocemos todos. —Nunca he sentido la necesidad de buscar la compañía de un hombre y menos uno del pueblo. Sería la comidilla de las vecinas y no estoy por la labor de estar en boca de nadie. Aquí en la ciudad no tengo nada que perder.

—Eso puede cambiar, si hoy sale bien.

—Ya veremos —digo entre dientes.

—Perdona, ¿no te he entendido?

—Nada, que intentaremos pasar una velada agradable.

Dejamos el coche en un aparcamiento subterráneo del centro y caminamos por un par de calles hasta llegar al establecimiento. Logro leer a duras penas el luminoso porque de modernos se han pasado y las letras son indescifrables. Se llama Mon amour. No sé por qué se empeñan en poner nombres en otro idioma si estamos en España.

Hay una chica joven en la entrada, con una coleta tirante que debe

hacerle hasta daño. Kike le indica la reserva, ella repasa su agenda y nos acompaña a la mesa. La decoración es moderna, aunque no minimalista. La mantelería y la vajilla, exquisitas. Nos agasajan con un aperitivo y pedimos las bebidas. Kike se encarga de elegir nuestra cena, lo cual agradezco, porque por más que agudizo la vista, sin las gafas de cerca, no veo. Debo reconocer que es encantador. Su cabellera está totalmente cana, pero abundante, es moreno de piel, nariz ancha y ojos grandes oscuros. No es guapo, pero tiene su punto. ¡Madre mía! Me asombro a mí misma. Hacía tiempo que no me fijaba con tanto detalle en alguien que no fuera mi marido.

Kike es un gran conversador y yo le sigo la corriente. Algunos temas no son mi fuerte y me limito a sonreír y asentir con la cabeza. Me ofrece vino, que no acepto. Las copas no me sientan bien y no quiero hacer o decir alguna tontería que luego suelo olvidar. El tiempo se pasa volando y miro el reloj. Él, que está pendiente de mí en todo momento, lo advierte.

—Si quieres pido la cuenta y nos vamos.

—Te lo agradezco. No quiero llegar muy tarde.

Kike paga la cuenta y emprendemos el camino de regreso. Junto a él estoy tranquila y no desquiciada como me ocurre con Nacho. Llegamos a casa de mi hija y para el coche, se baja y me abre de nuevo la puerta. Este hombre nada más que por eso me tiene ganada.

—Lo he pasado muy bien, cuando quieras repetimos.

—Yo también he estado a gusto.

Kike se acerca a mí con la intención de darme un beso en los labios, y yo, como puedo, giro la cabeza y le ofrezco mi mejilla, que acepta sin poner ningún pero. Cuando está subiendo a su coche, mi móvil vibra. Es Nacho. El que faltaba. Este quiere arruinarme la noche, con lo bien que iba.

—Tengo un problema. ¿puedes venir? —Esta vez pregunta y no ordena. Debe estar desesperado.

—Voy.

Entro en casa y cojo sus llaves.

Abro la puerta de su habitación, la botella está tirada en el suelo, al igual que su contenido y la lámpara de la mesita, las pastillas, el ordenador y un vaso roto. Sorteo el líquido del suelo, intentando no mojar las carísimas sandalias de Charo y me recojo el vestido prestado.

—¿Qué ha pasado aquí?

Él me recorre con su mirada y tarda unos segundos en contestar.

—Cuando he ido a poner la botella en el suelo, me ha dado un fuerte dolor en las costillas y la he soltado de golpe. Con el brazo le he dado a la lámpara de la mesita y… ¡Me siento un inútil! —Por primera vez, admite lo que es.

Analizo la situación y comprendo que no puedo dejar tirado su orín toda la noche o mañana la habitación olerá a perros muertos.

—¿Tienes algo para ponerme y no ensuciar el vestido?

—En aquel cajón de la derecha creo que hay una camiseta y un pantalón corto que te irán bien.

Me cambio en el baño, me calzo sus zapatillas de estar en casa y salgo hecha un cuadro. De quedarme bien nada, los pantalones se me caen, en la camiseta caben dos yo y del tamaño de las zapatillas ni hablemos, parece que voy a esquiar. Creo que lo ha hecho a posta, seguro que tenía algo más decente que ofrecerme.

—Ni se te ocurra reírte —le advierto, porque estoy viendo su cara y está conteniendo la risa. Lo sé.

—No me río. —Mentiroso.

Recojo el desastre y le quito la sábana de arriba que también está húmeda.

—Me da igual lo que me digas, voy a echarte un poco de colonia fresca. Así se irá el olor.

No dice nada. Mientras coloco la sábana limpia, noto el roce de su mano por mi muslo.

—¿Qué haces?

—Nada, no he hecho nada.

—Me has tocado el muslo.

—Habrá sido sin querer, no eres mi tipo. No te preocupes.

—Ni tú el mío. Desde luego no te pareces a Kike en nada.

—¿Él si es tu tipo?

—Aún no lo sé, pero te aseguro que podría serlo.

—¿Ha ido bien la cena?

—Precisamente, a ti te lo voy a contar.

—Vale, simpática, solo intentaba ser agradable.

—Ahórrate tu amabilidad, conmigo no te vale. He terminado, me cambio y me voy.

—No te cambies, estás muy graciosa. —Suelta una carcajada.

—¡Te odio!

—Y yo a ti también.

Otra noche fastidiada por culpa de este prepotente.

Capítulo 11

La visita

Se acerca el encuentro de antiguas alumnas de enfermería y el grupo de WhatsApp es un hervidero. Lo pongo en silencio porque los avisos me incordian. Mi hija insiste en que debo ir y a mí sigue sin apetecerme. Ha pasado una semana desde que cené con Kike y él ha intentado tener otra cita conmigo, pero no quiero precipitarme. Creo que aún no estoy preparada para mantener una relación y no dejo de reconocer que el contacto físico me pone nerviosa. En cuanto a Nacho, seguimos igual, aunque hemos mejorado en algo. Nos comportamos civilizadamente y, por la cuenta que le tiene, procura no hacer comentarios personales.

Es sábado y Roberto no está. Algo extraño, porque intenta no hacer guardias los fines de semana y así pasar más tiempo con mi hija. Alba me sorprende encargando la comida a un restaurante, dice que yo también me merezco un descanso y se lo agradezco. El día es caluroso y la piscina es el mejor lugar para refrescarse.

—Mamá, el lunes voy a la revisión y seguramente me dirán el sexo de los mellizos. La consulta es a las nueve de la mañana. ¿Podrás venir conmigo?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Y Nacho?

—¡Qué le den! Que se apañe con Gloria hasta que volvamos.

—De todas formas, coméntaselo esta noche cuando vayas, no sea que por cualquier cosa Gloria no esté.

—Se lo diré, pero no necesito su autorización.

—Si no puedes, no pasa nada. Roberto estará en el hospital esperándome y puedo coger un taxi.

—De eso nada, no voy a permitir que vayas sola.

—Está bien, pero llevamos mi Volvo, porque en el tuyo nos puede dar un soponcio. ¿Sabes conducir un coche automático?

—No. —Supongo que será como los coches de choque, pero prefiero no arriesgar nuestras vidas y menos con el tráfico que hay siempre en la ciudad.

—Conduciré yo.

—De eso nada, no debes excitarte en tu estado, y recuerda que sigues en reposo. Iremos y volveremos en un taxi.

Está claro que no voy a dejar a mi hija colgada. Nacho no se va a morir porque yo falte un día. Con la intención de comunicarle mi

ausencia del lunes me dirijo a su casa, a esas horas Gloria ya se ha ido siempre y entro con mi juego de llaves. La puerta de la habitación está abierta y me parece oír la voz de una mujer, supongo que es Gloria que no se habrá ido. Asomo la cabeza y lo que veo me deja atónita. La rubia que conocí el día de mi llegada está sentada en la cama, por el lado izquierdo. Tiene su mano metida bajo las sábanas, haciendo un movimiento que hace que me suban los colores, mientras lo besa pegándole unos lametones como si su cara fuera una piruleta. Me mantengo escondida y no sé qué hacer. Oigo un gemido con claridad e intuyo que la maniobra de la rubia ha terminado con éxito. Así que por precaución golpeo la puerta y entro sin ningún pudor o esperar su permiso.

—Buenas tardes —digo, y me voy directa al baño a preparar la palangana.

La puerta está abierta y por el rabillo del ojo veo que la rubia se levanta y se abrocha los botones de la camisa, mientras que él coge una toallita húmeda, para limpiar los restos, que tira en una papelera que Gloria le ha instalado bajo la cama. Mi trabajo no es retirar la basura, lo cual agradezco.

—Lidia, tienes que venir más a verme. Te echo de menos —dice Nacho con morriña.

—Lo sé, cari, pero he estado muy liada. Prometo que la semana que viene me escapo. Ahora debo irme.

La rubia le da un pico de despedida y sale meneando el culo como si tuviera un columpio metido dentro.

—Buenas tardes, Antonia. —Por fin se digna a saludarme.

No me voy a andar con rodeos.

—El lunes por la mañana no puedo venir, voy con mi hija al ginecólogo. Te tendrás que apañar con Gloria.

—¿No puede ir su marido con ella?

—No. No puede. Él trabaja y la estará esperando en el hospital. Si Gloria no está, le dices a tu amiguita que venga a cuidarte, se le da muy bien.

—No es necesario, de acuerdo, lo entiendo. —Su amiguita no creo que acudiera a su llamada de auxilio y él lo sabe—. ¿Me puedes traer una botella de agua fría? Estoy seco.

—No me extraña, con tanta actividad… —susurro mientras me giro.

—¿Qué has dicho?

—Que es normal, hace calor.

Abro la puerta del frigorífico y veo que su dieta ha cambiado, ¡Tiene jamón cortado envasado al vacío! También observo que encima de la encimera hay un tostador. ¡Lo ha comprado! Río para mí y me apunto un tanto a mi favor. Vuelvo con una sonrisa y le doy la botella.

—Nunca te había visto sonreír. ¿Qué es lo que te ha hecho feliz?

—Mejor no te lo digo.

Esta noche voy a dormir bien.

***

A las cuatro de la mañana oigo sirenas y luces azules entran por mi ventana. Salgo alarmada y mi primera mirada se dirige a casa de Nacho, suponiendo que ha liado alguna. Sin embargo, el coche de la policía está en la puerta de Charo. Mi hija también se ha levantado y se une a mí en la calle.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Ni idea, acabo de despertar, igual que tú.

Vemos como el marido de Charo, al cual he visto de refilón un par de veces, le da explicaciones a uno de los policías que lo escucha atento y toma notas. Se despide de él y el coche abandona la calle. Charo, al vernos, se acerca a nosotras.

—¡Qué susto nos hemos llevado! —dice angustiada y sigue hablando sin que a ninguna de las dos nos dé tiempo a preguntar—. Volvíamos de una fiesta y hemos visto la cancela abierta. La puerta estaba forzada, pero no han conseguido entrar. Gracias al sensor de movimiento del porche ha saltado la alarma silenciosa, la policía justo llegaba a la vez que nosotros.

—Yo creo que el ladrón debía saber que no estabas en casa —aclara mi hija.

—Nos habrán estado vigilando. ¡Ay, Dios mío!

—Bueno, no le des más vueltas, no ha pasado nada y eso es lo importante —mi hija la tranquiliza.

—Yo quería haber vuelto antes de la fiesta, pero nuestros amigos se empeñaron en que nos quedáramos un rato más. En cierto modo, les tengo que dar las gracias. Si llega a entrar estando nosotros en la cama, me muero del susto. —Sigue hablando como siempre, sin dejar meter baza—. Ya le he dicho a mi marido que no deberíamos tener tanto dinero en efectivo en casa.

—¿Cuánto es tanto dinero? —pregunto, porque yo llevo cien euros escasos y mi hija lo paga todo con tarjeta.

—Quería decir cosas de valor en casa. —Se ha arrepentido de su comentario. Lo que tendrá esta mujer bajo el colchón.

—Será mejor que te vayas a la cama y descanses.

—Gracias, Alba. Os dejo, y siento el escándalo que se ha montado.

La pobre Charo camina hacia su casa y nosotras no nos vamos a dormir sin comprobar antes que está todo bien cerrado. Estamos solas, Roberto está de guardia, otra vez. Yo cojo un cuchillo de cocina de los grandes y lo meto debajo de la cama, cualquier precaución es poca.

Capítulo 12

La noche

Nunca me han gustado los hospitales. Yo siempre he trabajado en una residencia de ancianos, que es muy diferente. Llegamos a buena hora y decidimos ir a tomar un café antes de la consulta. La cafetería del hospital está concurrida. En la barra logro ver a un hombre, que me parece Roberto, hablando entre risas con una enfermera. Alba viene rezagada y no lo ha visto. La agarro del brazo y la siento en una silla de espaldas a él. No me gustan las miraditas de la chica.

—¿Qué quieres tomar? —pregunto a Alba.

—Un zumo de naranja, con el café de esta mañana tengo suficiente.

—Voy a la barra a pedir.

Me acerco a la altura de Roberto. Él sigue de espaldas e intento entender algo de la conversación, pero hablan demasiado bajo y mi oído no alcanza a escuchar nada. Decido interrumpir su charla animada. Me coloco frente a los dos.

—Roberto, qué bien que te he encontrado. Tu mujer está sentada en aquella mesa —digo con toda la intención, mientras la enfermera sonríe con cara de boba—, hemos llegado antes de tiempo.

—No te había visto —noto cierto nerviosismo en su voz. Esto no me gusta—. Ahora mismo voy. ¿Os pido algo?

—No, ya lo hago yo. Tú vete con tu mujer —lo repito de nuevo, para que a la chica sonriente se le quite de una vez por todas la cara de felicidad.

—¿Trabajas con él?

—Estamos en la misma planta de neumología —contesta, y sigue con la mirada a Roberto que se aleja. Esta tía no le quita ojo.

—Nosotras hemos venido para la revisión de mi hija. Trae mellizos.

—Vaya, dos de golpe. —Eso le ha cogido de sorpresa.

—Sí, mira qué bien, Roberto va a estar muy ocupado en los próximos años. Tendrá que reducir su jornada y olvidar las guardias.

—Tampoco es que haga muchas, la verdad. El jefe del departamento tiene consideración con él. —La chica mira su móvil—. Me ha encantado hablar contigo, pero debo irme, me esperan.

—Igualmente —miento.

Pido la consumición y mientras el camarero me sirve, no dejo de darle vueltas a la cabeza. ¿Si no hace guardias? ¿Qué hace cuando no está en casa? Debe haber alguna manera de averiguarlo y lo haré.

Espero que Roberto no esté traicionando a mi hija. Ella no podría soportarlo, ha dejado su carrera por tener a sus hijos.

Vuelvo a la mesa y los veo a los dos felices. Aquí hay algo que no me cuadra. Quizá soy demasiado desconfiada.

La revisión es un éxito y el ginecólogo le confirma que trae la parejita.

Regresamos a casa después de despedirnos de Roberto. A mí me toca atender a Nacho. Me cruzo con Charo, que parece que siempre está detrás de su puerta esperando asaltar al primer vecino que cruza la calle.

—¿Qué tal ha ido la revisión? —Yo no le he contado nada. ¿Cómo se habrá enterado?

—Muy bien, trae la parejita y están perfectos. Tiene que seguir haciendo reposo al menos hasta el séptimo mes.

—Me alegro.

Mi móvil nos interrumpe. No reconozco el número, pero con tal de quitarme a Charo del medio lo atiendo.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, Antonia, soy María José, tu amiga de enfermería. —Bueno, eso de amiga está por ver. No tuvimos mucho roce.

—Hola, dime.

—Eres de las pocas que no ha contestado al grupo y he decido llamarte. El encuentro es este sábado y debemos confirmar el número de asistentes, como muy tarde mañana.

—María José, gracias por llamarme, pero lo he pensado y no puedo ir al encuentro. Estoy cuidando a mi hija y trabajando.

—Lo siento de verás, será una fiesta estupenda. De todas formas, mira si puedes arreglarlo y me escribes si cambias de opinión.

—Te tengo que dejar. Entro ahora a trabajar.

Charo no se ha separado de mí y con su fino oído no se le escapa nada.

—¿Qué encuentro es ese?

—De antiguas alumnas.

—¿Y por qué no vas?

—Mira, te voy a decir la verdad, no tengo ganas de aguantarlas. Seguro que casi todas irán con sus parejas y sola no me apetece. Si viviera mi marido, me lo pensaría. Tendría con quien hablar.

—Te entiendo, pero no te comprendo. A ti que más te da, diviértete y echa un baile, que eso a ti te gusta.

—No insistas, no pienso ir.

Me doy la vuelta y entro en casa de Nacho aliviada de quitarme a Charo de encima. Su vida es tan aburrida que tiene que meterse en la de los demás.

Cuando entro en la habitación, Nacho tiene una cara hasta los pies.

—Has tardado más de la cuenta. —Encima este también me va a tocar las narices.

—He tardado lo justo. Acabo de llegar del hospital, me he colocado la bata y he venido de paso. Además, no sé por qué te tengo que dar tantas explicaciones. Vamos al lio que es tarde.

—El médico me dijo que la lesión de las costillas tendría un tiempo aproximado de curación de unas cuatro semanas, pero que tuviera cuidado con las muletas. Supongo que a mediados de agosto pondré levantarme y ya no necesitaré tus servicios.

—Me parece estupendo, podrás librarte de mí y yo de ti. Los dos seremos más felices. —Deseaba que ese día llegara más que nada y un mes después mi hija estaría fuera de peligro y podría regresar a mi pueblo.

—Sí, será un alivio para los dos —dice sin ganas.

—Levanta, tienes la funda de la almohada mojada. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Hoy he sudado mucho.

Le toco la frente y me fijo en sus ojos, que son verdes, por cierto, y no me había percatado. Los tiene irritados y algo más cerrados de lo normal. Le toco la frente y está ardiendo.

—Tienes fiebre. Voy a llamar a urgencias.

La ambulancia no tarda en llegar. Es un virus parecido a la gripe. El médico de urgencias le manda analgésicos y poco más. Me dice que le baje la temperatura con paños fríos, ya que no se puede dar una ducha. Más trabajo para mí. Le pongo un WhatsApp a mi hija y le escribo que voy a tardar, que coma sin mí. Voy a la cocina y sacó hielo que envuelvo en una toalla, se la aplico en la frente.

—Estoy muerta de hambre, si no te importa, voy a la cocina a prepararme algo. ¿Tú has comido?

—No tengo hambre, solo sed.

Veo que tiene una botella de agua y lo dejo un rato, mientras que yo devoro un bocadillo de jamón. También tiene pan, está claro que ya no perdona las tostadas. Cuando vuelvo está medio adormilado, los analgésicos han hecho efecto. Le cambio el paño frío y compruebo que la temperatura ha bajado.

—Me voy, ya estás mejor. Volveré un poco antes esta tarde.

Cuando me dispongo a salir, me agarra del brazo.

—No te vayas, no quiero quedarme solo.

—Eres mayorcito y no te va a pasar nada.

—Gloria ya se ha ido. Antonia, por favor, no me dejes solo. —El machito tiene miedo de una simple gripe y ha pronunciado la palabra mágica.

—¿Puedo poner la tele?

—Sí, no me molesta.

Me paso la siesta viendo Netflix en la pantalla plana. Me trago dos películas, que, a pesar de las buenas críticas recibidas, me parecen un tostón. De vez en cuando voy a ver al enfermo y le cambio el paño frío. Son cerca de las ocho de la tarde. Me aburro y no tengo más ganas de ver la tele, así que me siento a su lado y juego en el móvil al Tetris, intentando enfocar la pantalla. Me he dejado las gafas de cerca en casa y no veo un pimiento.

—Tengo frío. Apaga el aire acondicionado —dice castañeando los dientes.

Está temblando. Le quito el paño frío y lo arropo con la sábana, pero sigue tiritando, cojo una toalla y se la echo por encima. Yo me estoy asando y él está frío como la nieve. Me espera una noche larga. Vuelvo a escribir a mi hija, que está preocupada. Me dice que Roberto ya ha llegado y eso me tranquiliza.

***

—Antonia, despierta. —Oigo la voz de Nacho.

Abro los ojos e intento recomponer los músculos de mi cuerpo que están contraídos por la postura. He medio dormido en una silla toda la noche. Huelo a sudor y estoy pegajosa, no me he podido quitar la bata blanca.

—Estoy entumecida. —Me desperezo con fuerza, me da igual que él esté mirándome.

—Tengo hambre. —No querrá que después de la nochecita que he pasado le haga el desayuno.

—Gloria está a punto de llegar, son casi las nueve. Necesito una ducha y asearme.

—Yo también necesito asearme.

—Tendrás que esperar.

—No tardes —dice resignado—, y… gracias. —¡Aleluya! Lo que le ha costado pronunciar esas siete letras.

—Yo sé hacer muy bien mi trabajo, para eso me pagas. —No me voy a dejar engatusar por su amabilidad, cuando menos me lo espere, me saltará con alguna de las suyas.

Mi móvil suena. Es Kike, demasiado temprano. Lo atiendo, pero me voy al baño. Me dice que Charo le ha contado mi evento y se ofrece a acompañarme. Esta mujer se mete en todo. Valoro la posibilidad de ir con él. La verdad es que es una persona agradable y no está mal. Sabrá Dios los cuadros que me encontraré allí. Le digo que le daré una repuesta esta tarde. Salgo del baño.

—¿Quién era? —¡Qué manía con preguntar!

—Nadie. Vuelvo en una hora.

Capítulo 13

El evento

Es el último fin de semana de Julio, los días han pasado volando. Finalmente me decidí por asistir a la reunión de antiguas alumnas y Kike está más emocionado que yo, aunque no nos hemos podido ver, me escribe con regularidad. Me da los buenos días, las buenas noches, me pregunta algunas cosas personales y yo le contesto a las que me da la gana. No me gusta que me controlen y no lo conozco lo suficiente como para contarle mi vida. Hemos quedado a las nueve y aún estoy atendiendo a Nacho, que se encuentra mucho mejor, y debo decir, que con buen humor.

—Antonia, por favor, me das el portátil. —Ya me lo pide todo con un por favor, me sigue pareciendo extraño oír esas palabras saliendo de su boca.

—Aquí lo tienes. Si no necesitas nada más, me tengo que ir.

—¿Tienes una cita o algo así? —dice con sarcasmo.

—No, es una reunión de antiguas alumnas y Kike me acompañará. Nada más. —No le debo ninguna explicación, pero así verá que tengo vida social y que no estoy tan amargada.

—Debes gustarle mucho, yo no iría contigo a un evento como ese ni aunque me pagaras. —Sabía yo que su chulería volvería a aparecer en algún momento.

—Tampoco te pediría que vinieras conmigo y para que lo sepas, es él quien se ha ofrecido y yo he aceptado con gusto porque su compañía es muy agradable, no como la de otros.

—¿Te refieres a mí?

—No, me refiero al vecino de enfrente. ¿A ti qué te parece?

—Antonia, te lo tomas todo a la tremenda. Estaba bromeando.

—No me gustan tus bromas. Me voy, no quiero que me amargues la noche. Hasta mañana.

—Hasta mañ…

Lo dejo con la palabra en la boca y salgo de la habitación. Lo odio.

***

El local del evento no está mal, un salón de bodas como otro cualquiera. Calculo que seremos unas cincuenta personas. María José nos ha recibido como si fuera la anfitriona, siempre le gustó ser la protagonista. Su aspecto está más deteriorado que el mío y su maquillaje exagerado la envejece aún más, sin dejar a un lado su permanente trasnochada. Ha debido pintarse los labios sin mirarse en

el espejo, parece una payasa.

—¡Qué bien que hayáis venido! —Mira a Kike como una gata en celo—. ¿Me presentas a tu marido?

—No es mi marido, es un amigo, se llama Kike.

—Encantada, yo soy María José—. Le planta dos besos y le embadurna la cara con carmín, como no podía ser de otra manera—. ¡Uy! Perdona, te he manchado. ¿Me permites? —Se acerca demasiado a él, para mi gusto, y le frota los dedos en ambas mejillas hasta que consigue quitar el rojo pasión de su piel.

—¿Dónde nos sentamos? —pregunto. Charo me ha dejado unos zapatos que me están matando.

—Primero hay un *buffet* de pie, para que todos podamos saludarnos. —He sido prevenida y he echado las zapatillas de esparto en el coche, cualquiera aguanta toda la noche con estas sandalias de diseño que se me clavan hasta el alma—. Aquel tablón tiene el orden las mesas, aunque te adelanto que yo estoy sentada con vosotros. —¡Qué bien! Lo que me hacía falta, tener que aguantarla toda la noche.

El *buffet* es ameno, los asistentes intercambiamos impresiones y entablo conversación con un par de mujeres que recordaba porque me caían bien. Kike se adapta perfectamente. También observo que algunas de ellas han venido solas, más de las que yo pensaba. Llega la hora de la cena y, cómo no, María José se sienta al lado de Kike y lo acapara desde el minuto uno. Yo intento hablar con un señor que tengo a mi lado, que es menos empático que yo y ya es decir. Me aburro. Intento meter baza en la conversación, pero la payasa me deja de lado. Miro el móvil y tengo un mensaje de Nacho.

—¿Lo estás pasando bien?

¿A qué viene este ahora? Está claro que su intención es aguarme la fiesta.

—Estupendamente —escribo.

—Muy entretenida no estarás, cuando miras el móvil. —Será…

—Ha sido casualidad, estaba consultando la hora.

—Más a mi favor. Te aburres.

—Nacho. ¡Duérmete y déjame en paz!

Este se va a enterar, le pido al camarero una copa para servirme vino blanco y en menos de cinco minutos me tomo tres. Pierdo la vergüenza y, aunque no han servido el postre, me levanto.

—Kike, cámbiame el sitio, quiero recordar viejos tiempos con María José.

Él me hace caso y me cede su silla. Miro a mi compañera fijamente y me acerco a su oído.

—¡Cómo vuelvas a acercarte a Kike, te quemo la permanente!

Después le pido a Kike que nos hagamos un selfi haciendo morritos y subo la foto al estado de WhatsApp, del resto de la noche mejor no

hablar, creo que estoy borracha y mañana no recordaré nada.

***

—¡Mamá! ¡Mamá! —grita mi hija—. Despierta, son casi las nueve de la mañana, tienes que ir a casa de Nacho.

—No quiero, no me da la gana. Estoy así por su culpa—. Escondo la cabeza bajo la almohada.

—¿Qué tiene que ver Nacho con el pedo que te cogiste ayer? El pobre Kike tuvo que ayudarte a entrar en casa.

—No me acuerdo y no quiero ir a trabajar. Si no me hubiera escrito ese estúpido WhatsApp… —digo medio adormecida. Las palabras no me salen del cuerpo, tengo la boca seca y me duelen la cabeza y los pies.

Mi hija levanta la persiana y tira de la sábana. He dormido desnuda. ¡Qué demonios me pasó anoche!

—Anda, date una ducha y te vistes, le diré a Nacho que llegaras un poco más tarde. Te espero en la cocina, te voy calentando un café bien cargado, que hoy te hará falta.

Me visto como puedo. Las tostadas no me entran, me bebo el café y medio litro de agua y voy al encuentro del chulo prepotente. ¡Cómo me gusta llamarlo así!

Nada más entrar en su habitación doy un buenos días cerrado y él me lo devuelve sonriendo. ¡Otra vez! ¡Ya está con sus estupideces! Salgo del baño y su pregunta me saca de quicio.

—¿Estás resacosa? No me extraña, por las fotitos que subiste al estado del WhatsApp, debió ser una noche apoteósica.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

Dejo la palangana en el suelo y saco el móvil del bolsillo de la bata. Comienzo a revisar el estado del WhatsApp. ¡Qué vergüenza! Después de la foto de morritos, hay otra en la que estoy bailando subida en una mesa, en la siguiente con la orquesta quitándole el micrófono al cantante y en la última… No quiero ni mirar. ¿Qué hago a gatas en el suelo de la pista de baile? ¿Y quién ha realizado el bochornoso reportaje? No creo que fuera Kike. Repaso los mensajes y ahí está. Ha sido María José. Leo textualmente: «¿Quieres que te suba esta también?». Ahora me arrepiento de no haberle quemado la permanente, porque de esa amenaza sí me acuerdo.

Me suben los calores y tengo que abanicarme con lo primero que encuentro; un periódico que está en la mesita de noche.

—¿Se pueden borrar? —pregunto a Nacho, que tiene más idea que yo de las redes sociales.

—Sí —sonríe.

—Bórralas —ordeno y le doy el móvil.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada.

—Pues no te las borro. —Me entrega el teléfono y lo agarro con furia.

—¡Eres un…! —me guardo las palabras.

—¿Qué soy?

—¡Un chulo prepotente! No te preocupes, no te necesito, cuando llegue a casa, mi hija lo hará.

Nacho mira su móvil, con esa sonrisa sarcástica que le caracteriza.

—Calculo… que en una hora la mayoría de tus contactos las habrá visto. Da gracias que es domingo.

Le tiro el periódico a la cabeza. ¡Ya no aguanto más!

—Ten cuidado, si me lesionas tendremos que alargar tu contrato.

—No tengo contrato y me puedo despedir cuando me dé la gana.

—Vale, pues si te vas te denunciaré por agresión.

—No serás capaz.

—Recuerda, soy abogado y sí soy capaz.

Su amenaza no me parece seria, lo hace para molestarme.

—De acuerdo, tú ganas, por ahora.

Lo destapo sin previo aviso y observo que su parte más íntima no está tan relajada como otros días. La rubia no ha debido volver a consolarlo.

—¿Has orinado? —pregunto. Mi marido, a veces, se despertaba así, se levantaba al baño y su pene descansaba.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por eso. —Señalo a sus partes.

Instintivamente se tapa con el periódico que le he tirado a la cabeza, y por primera vez, pierde su mirada altiva. ¡Está avergonzado!

Capítulo 14

Agosto: Roberto

Este año no hay vacaciones. Una semana más y seré libre. ¡Adiós, Nacho! Kike no ha vuelto a contactar conmigo. No me extraña, después del espectáculo de la fiesta. He intentado escribirle un par de veces para pedirle perdón y no he podido. Estoy muerta de vergüenza.

Es el primer domingo de agosto y Roberto ha tenido la deferencia de no trabajar. Preparo un suculento desayuno para los tres.

—Buenos días, suegra —dice con cariño.

—Buenos días, yerno.

—¿Y Alba?

—Ahora viene, está dándose una ducha. Esta noche dice que ha pasado mucho calor.

—Normal, con ese tripón que tiene.

Recuerdo cuando estaba embarazada de mi hija y el calor que pasé en verano, y no traía mellizos. Roberto se sienta y consulta el móvil.

—¿Algo importante?

—Nada, nada, todo tranquilo. —Suelta el teléfono y sonríe dando a entender que no le presta atención, pero a mí no me la da.

—¿Esperas alguna llamada del hospital?

—No, les he dicho que no me molesten, a no ser que sea una urgencia. Quiero pasar el día en casa.

—Me parece muy bien.

Alba se une a nosotros y se la ve feliz. Se sienta al lado de su marido y lo mira con ternura. El desayuno está servido y mi cajita de las pastillas de la tensión también.

No pasan ni diez minutos cuando el teléfono de Roberto vibra. Lo mira y se disculpa para hablar en el salón, en un par de minutos regresa.

—Cariño, lo siento, pero en cuanto termine de desayunar debo irme.

—¿Otra vez? —pregunta Alba.

—No hay otro médico disponible, están de vacaciones.

—Deberías haber apurado tus días libres en agosto —dice mi hija con tristeza.

—No creo que tarde, venga, desayunemos en paz.

Los tres, en silencio, comemos sin ganas.

Cuando termino, abro la caja de pastillas y he apurado la última tableta.

—Tengo que ir a comprar las pastillas de la tensión y se me olvidaba que hoy es domingo.

—No te preocupes, hay una farmacia de guardia y me coge de camino. Te acerco en un momento —se ofrece Roberto, y se lo agradezco. Además, hoy no tengo prisa, el lisiado me comentó ayer que esperaba visita a primera hora y que me pasara más tarde. Seguramente será la rubia, de lo cual me alegro, así no tendré que ver a su viejo amigo saludándome de nuevo.

Roberto y yo nos vamos en dirección a la farmacia y aunque soy torpe, y a veces me desoriento en la ciudad, veo que el hospital está en otra dirección. Es mi oportunidad para averiguar dónde demonios va. Me deja en la puerta de la farmacia y me olvido de las pastillas, por casualidad, hay un taxi libre en la puerta y le digo que lo siga. El hombre me mira y sonríe. Pensará que estoy loca.

—Es mi yerno, me he dejado el móvil en su coche —miento, no quiero que desconfíe de mí.

Atravesamos media ciudad y llegamos a un barrio humilde. Roberto deja aparcado su coche frente a un edificio que no es un hospital. Eso seguro. Le digo al taxista que espere. Lo sigo hasta la entrada y puedo leer en una placa: «Centro de desintoxicación La Esperanza». ¡Madre mía! Vuelvo sobre mis pasos y me subo al taxi.

—¿Dónde vamos? —pregunta el taxista, al ver que no suelto palabra. No puedo. Me he quedado fría.

—A casa —digo como si el hombre me conociera de toda la vida.

—No soy Siri, ni GoogleMaps. ¿Dónde vive?

Le indico la dirección y durante el camino no dejo de rumiar cómo decirle a mi hija lo que he descubierto. ¿En qué estará metido? ¿Beberá? No creo, lo hubiera notado. ¿Se drogará? Sé por experiencia que algunos médicos caen en la tentación de doparse para estar al máximo. Tengo que hablar con él y ayudarlo a confesar su adicción a mi hija. No me doy cuenta y pasamos de largo la farmacia de guardia. No creo que pase nada porque un día no me la tome. Mañana iré a comprarla.

Llego a casa y subo directa a mi habitación, me pongo la bata y salgo a la carrera. Mi hija me llama desde el salón.

—¡Mamá! No has dicho ni hola. Parece que estas deseando ver a Nacho.

—De eso nada. Quiero terminar temprano, para que nos dé tiempo a refrescarnos en la piscina antes de comer.

—Has tardado mucho.

—He regresado andando, esta mañana no he paseado. Me voy.

El corazón me va a mil por hora. No me gusta mentirle a mi hija.

Entro en la habitación y Nacho sonríe. Lo que yo pensaba, este hoy se ha desahogado a gusto.

—Buenos días —digo sin más y voy directa al baño.

—Buenas, ¿te has levantado con el pie izquierdo? —Nacho me va conociendo.

—No. Me he levantado con el derecho. Y tú ¿con qué pie te has levantado? —pregunto con cantinela. Sé que no puede bajarse de la cama.

—Yo estoy feliz. —Recoge sus brazos por detrás de la nuca como si estuviera tomando el sol.

—Me alegro, la visita ha debido complacerte. —Todos los hombres son iguales, siempre pensando en lo único.

—Más que eso, si quieres te lo cuento.

—No, prefiero no saberlo. —Será estúpido, pues no quiere contarme cómo se ha desahogado con la rubia. ¡Asqueroso!

—Te vas a enterar de todas formas.

—Mira, no insistas, lo que hagas con la rubia es cosa tuya.

—¿Qué rubia? ¿De qué hablas?

—La que ha venido a consolarte esta mañana. —Se lo suelto, este se cree que soy tonta.

—Antonia —dice serio y saca los brazos de su nuca—, la persona que me ha visitado es un amigo y además mi médico.

Las pulsaciones se me disparan. Tendría que haber comprado las pastillas de la tensión. Siento un ardor que me sube del pecho hacia la cara. Me he pasado. Me siento ridícula. Noto temblor en las piernas y sé que me voy a marear. Llego como puedo a la silla y me desplomo.

***

—¡Antonia! ¿Te encuentras bien?

Siento que alguien me da ligeros tortazos en la cara. Abro los ojos y veo la cara de Nacho pegada a mí. Doy un respingo del susto y lo miro extrañada. Está de pie, fuera de la cama. Apoyado en dos muletas.

—¿Puedes andar? —pregunto, sin salir de mi asombro.

Se separa de mí y se sienta en la cama con cuidado.

—Esto es lo que quería contarte. El médico me las ha traído, dice que puedo empezar a levantarme.

—Entonces… ¿ya no me necesitas?

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

—La mismas que tú a mí.

—Pues tendrás que aguantar una semana más, tal y como acordamos, aún no me puedo meter en la ducha.

—De acuerdo, pero solo vendré por la mañana a asearte, ya no necesitas la cuña, ni la botella. Puedes ir solito al baño.

—Me parece bien. Hoy, después de asearme, quiero vestirme. Estoy deseando salir a que me dé el sol. —Levanta la muleta y señala uno de los cajones del armario—. Allí debe haber un pantalón corto y una

camiseta.

Me levanto de la silla un poco mareada y disimulo. Abro el cajón y le muestro las dos prendas que me ha indicado y algo cae al suelo. ¡Son unas esposas! Lo ha hecho con toda la intención. Esto no se va a quedar así.

—¿Te pongo esto también? —Las levanto por la cadena con un dedo, no quiero ni tocarlas.

Nacho sonríe como si nada. Ni siquiera se inmuta.

—Si quieres…

—Pervertido.

Él suelta una carcajada. ¡Lo odio! Le gusta sacarme de mis casillas.

Capítulo 15

Se acabó

La noticia me cae como un jarro de agua fría. Sabía que su marido era imbécil, pero no tanto. Recibo una llamada de Angélica angustiada y me confirma que lo ha echado de casa. Parece ser que le ha pillado mensajes en el móvil hablando con una mujer y las conversaciones no eran del tiempo. Llora desesperada, mientras intento consolarla, a mi manera.

—No te lo mereces, tú eres una mujer extraordinaria.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Pues lo que has hecho siempre, trabajar y sacar a tus hijos para adelante. No lo has necesitado nunca y no lo necesitas ahora. Jamás te ha echado un cable.

—Yo le quiero. No sé si podré vivir sin él.

—No digas tonterías, después de la que te ha liado.

—Me gustaría que estuvieras aquí.

—A mí también, incluso haría una excepción y te daría un achuchón. En un mes vuelvo al pueblo. Me queda una semana escasa con el lisiado y para esa fecha mi hija estará en el séptimo mes de embarazo.

—Contaré los días, necesito tu ayuda.

—La tendrás, no voy a dejar a mi mejor amiga tirada. Eso te lo garantizo.

—Tengo que colgar, los niños se han levantado y no sé cómo contarles que su padre no ha dormido en casa.

—Diles la verdad, que no va a volver, ya son mayorcitos.

—No quiero que odien a su padre por lo que ha hecho.

—No lo odiaran, tampoco tienes que darles todos los detalles. Eres su madre y nadie los conoce mejor que tú. Sabrás hacerlo.

—Eso espero. Mañana hablamos.

En el fondo la compadezco, no me gustaría estar en su situación. Voy a dejar el móvil y me llega un mensaje. Es Kike.

—Perdona, Antonia, pero he estado de vacaciones con mis hijos—. ¿Eh? Vuelvo a leer. ¿Tiene hijos?, sigue escribiendo—. No te lo había comentado. Soy divorciado y no sabía cómo te sentaría, aunque mis hijos están crecidos. Viven fuera y en verano es cuando tengo la oportunidad de pasar más tiempo con ellos.

—No tienes por qué disculparte—. Después de la que le lie, es un milagro que me haya escrito.

—Espero que quieras volver a verme.

—¿Estás seguro?

—Entiendo que aquello fue una salida de tono. Le puede pasar a cualquiera. Me gustas y quiero seguir conociéndote. ¿Quedamos esta noche?

—OK.

—Te recojo a las nueve.

La verdad es que había perdido la esperanza de que este hombre volviera a contactar conmigo. Le quiero dejar claro que en un mes me vuelvo al pueblo. A lo mejor cambia de opinión y deja de cortejarme. Me cae bien y no está mal, sin embargo, no siento maripositas en el estómago, ni nada parecido. Dicen que a mi edad es posible enamorarse y yo, sinceramente, no me lo creo. ¡A dónde vamos! A mí se me paso el arroz hace mucho tiempo y no digamos el deseo sexual. No entiendo que Nacho, a su edad, siga tan salido. Bueno y ¿por qué me viene a la cabeza el chulo engreído? Necesito librarme de él cuanto antes.

Voy a la cocina y le cuento a mi hija la llamada de Angélica. Se queda tan sorprendida tan como yo. Alba lleva muy mal la traición y yo me siento culpable por no contarle la verdad sobre Roberto. Debo esperar, tengo una conversación pendiente con él.

Voy a mi calvario particular. Nacho está sentado en la cama esperándome. Vestido con una camiseta y un slip.

—Quiero probar una cosa. Estoy harto del lavado del gato. Trae una bolsa de basura de comunidad y cinta americana. Pídesela a Gloria, sabe dónde está.

Sigo sus instrucciones y le entrego lo que me ha pedido. Introduce su pierna escayolada en la bolsa y con la cinta cubre la parte de arriba. Se apoya en sus muletas y se dirige al baño.

—Vas a tener que entrar conmigo. No puedo sujetar las muletas y frotarme.

—De eso ni hablar.

—Te espero, ve a casa y ponte un bañador.

—Tú y tus inventos. ¿No podemos seguir como hasta ahora?

—Por favor, necesito que el agua corra por mi cuerpo.

—Está bien, pero ni se te ocurra tocarme. —Este es capaz de meterme mano, la rubia sigue sin venir y debe estar tan desesperado que hasta yo le valgo.

—Nunca haría eso sin tu consentimiento; aunque no lo creas, soy un caballero, y, además, ya te dije una vez que no eres mi tipo. No me excitas nada.

Salgo del baño cabreada y no sé por qué. Me da igual no ser su tipo, pero eso de que no le excito me ha dolido. Tampoco estoy tan mal. Me consuela saber que a Kike le gusto, seguro que él no piensa lo

mismo. Se lo preguntaré esta misma noche.

Elijo un bañador negro, me lo pruebo y parezco una abuela. Registro en los cajones de mi hija y encuentro un bikini que me puede valer. Es discreto, azul marino con lunares blancos. La braguita no es excesivamente pequeña. La parte de arriba me queda algo justa, aunque los pechos no se desparraman por ningún lado. Me coloco la bata blanca encima y vuelvo de nuevo.

Ayudo a Nacho a entrar en la ducha, cuando me indica que está seguro, me quito la bata blanca. Le pido que se dé la vuelta, mirando hacía el grifo de la pared, no me da vergüenza de mis carnes, pero será mejor así. No es una ducha de placer. Observo que hay un espejo en la parte de arriba, a este hombre le encanta mirarse la cara. El agua comienza a caer y Nacho gime de gusto. Le froto la espalda y el pecho hasta donde puedo, mis brazos son más cortos que su anchura. Le doy un masaje en la cabeza con el champú. Vuelve a gemir y me estoy poniendo nerviosa.

—¿Puedes dejar de hacer esos ruiditos?

—¿Qué ruiditos? —dice sin girar la cabeza.

—Gloria se va a pensar que estamos haciendo otra cosa.

—Cuando hago eso, digo otras cosas. ¿Quieres escucharlas?

—¡Para ya! Te enjuago y salimos.

—Con lo a gusto que estoy —dice con voz melosa y a mí me da un escalofrío.

Voy a dejar la esponja en su sitio y el bote de gel cae. Tengo que meterme entre sus piernas como puedo para recogerlo, está abierto y el jabón es un peligro, podríamos resbalar e ir los dos al suelo. Miro hacia arriba y lo que veo me perturba. Su viejo amigo no está feliz, está más alegre que las maracas de Machín. Él me mira desde arriba.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con esa sonrisita morbosa.

—No veo nada, no tengo las gafas de cerca.

Salgo de entre sus piernas y lo enjuago en menos de cinco segundos.

—Hemos terminado, no mires. Me pongo la bata y te ayudo.

Me giro y ¡Dios! Es un canalla. Hay otro espejo en el fondo de la ducha. Me tenía controlada desde el minuto uno. ¿Con qué no le excito? ¡Ja! Su amiguito era feliz porque él se estaba alegrando la vista. Me planto en jarras delante de él.

—¡Eres un sinvergüenza! Tápate.

Le tiro la toalla a la cara, su amiguito no está ya tan contento, pero prefiero no verlo.

—¿Qué he hecho yo ahora?

—Me podías haber advertido que había un espejo ahí. ¿No decías que yo no te excitaba? Pues tu amiguito me mostraba lo contrario.

—He tenido los ojos cerrados todo el tiempo, estaba pensando en

otra. No seas tan vanidosa.

—¿Yo vanidosa? Tú sí que lo eres y además un chulo engreído.

—Eso ya me lo habías dicho antes. ¿Por qué te has puesto bikini? Querías impresionarme. Tú eres más de bañador.

—¡Ya está! ¡Se acabó! Renuncio. Lo dejo. No te aguanto. Ya puedes valerte por ti mismo.

Estoy empapada, pero ni me seco. Me visto y salgo por la puerta.

—¡Antonia! ¿Me vas a dejar aquí desnudo? —lo oigo gritar cabreado.

—Tú le lo has buscado, hasta nunca, chulo engreído.

Capítulo 16

Últimas noticias

Le comunico a mi hija mi decisión con una sonrisa de oreja a oreja. Me he librado de él. No le cuento nada de lo sucedido, siento cierta vergüenza y omito el detalle de que he cogido prestado su bikini. Durante la comida, escuchamos el timbre, alguien llama con insistencia. Las dos nos alarmamos y salimos a la puerta. Es Charo, echa un mar de lágrimas.

—Se lo han llevado —dice mientras suspira.

—¿Qué se han llevado? ¿Os han robado? —pregunto.

Ella se sorbe la nariz e intenta respirar.

—A mí marido, ha venido la policía. Han registrado la casa y se lo han llevado —repite.

—¿Te habrán dado alguna explicación? —Alba también se interesa.

—Lo han detenido por blanqueo de capitales.

Ya decía que yo que tanto billete de quinientos no era normal. Demasiados lujos en esa casa. Un ejecutivo de un banco, por mucho dinero que gane, no puede permitirse el tren de vida que yo veía.

—Anda, Charo, pasa, te haré una tila.

Mi hija se lleva a la pobre mujer, a ver, pobre por la pena que tiene. Sabrá Dios lo que tiene escondido bajo el baldosín. No creo que su marido haya sido tan estúpido y dejar que la policía encuentre sus ganancias, que no deben ser pocas. Miro con disimulo al lisiado y está dando paseos cerca de la piscina. ¿Y si se cae accidentalmente? Borro esa idea de la cabeza. No sé por qué me preocupo por él. Me giro para entrar en casa y el sonido del agua me hace volver la cabeza. ¡Se ha caído! ¡Soy bruja! Recuerdo que aún no le he devuelto las llaves, las encuentro en el recibidor y salgo disparada. Abro la cancela y sin pensarlo me tiro al agua.

¡Soy imbécil!

La piscina no cubre.

—¿Qué haces aquí?

—Pensaba que te ibas ahogar.

—La piscina no cubre.

—Ya me he dado cuenta —digo mientras nado hacia la zona de la escalera, que es de obra, y Nacho puede salir perfectamente sin mi ayuda, aunque sea subiendo por los escalones arrastrando el culo. No me voy a quedar esperando otra de sus bromitas.

—Gracias de todas formas.

Vaya, qué considerado. Consigo salir de la piscina y él sigue metido en el agua.

—Sal de ahí, se te va a mojar la escayola.

—Ya me da igual, no tiene solución, me imagino que tendrán que ponerme otra.

—Haz lo que quieras. Yo me voy. Aquí te dejo las llaves, no las necesito.

—Cómo quieras. ¿Qué ha pasado ahí fuera? He visto dos coches de policía estacionados en la puerta de Charo.

—Han detenido a su marido por blanqueo de capitales. —No creo que a Charo le moleste que se lo cuente, ella lo iba a hacer de todos modos.

—Ya se lo advertí y no me hizo caso.

—¿Lo sabías?

—Oficialmente no, me pidió mi opinión sobre el caso de un supuesto amigo, que enseguida deduje que era él mismo. Le dije que tarde o temprano lo pillarían. Hay muchos controles, y más en los bancos.

—Charo está hecha polvo.

—No es para menos. Ese delito está penado de seis meses a seis años de prisión y con una multa del triple del valor de los bienes blanqueados. Además, lo pueden deshabilitar para ejercer su profesión. Está metido en un buen lío.

Nacho anda con pesadez, arrastrando su pierna, y llega hasta la escalera.

—¿Me ayudas?

Lo miro con recelo, pero bajo de nuevo al último escalón y le doy mi hombro para que se apoye. La subida es una odisea, no tengo fuerza suficiente, y en el último nos caemos los dos. Él de culo y yo sentada sobre sus piernas. Nuestras miradas se cruzan y permanecemos así unos segundos. ¿Qué me pasa? Esto no es normal. Me incorporo con rapidez y me alejo de él lo suficiente para madurar lo que acaba de ocurrir.

—¿Te has fijado en el color de tus ojos? Son azul turquesa, bordeados por un aro más oscuro.

—¿Hasta hoy no te habías dado cuenta?

—Nunca te he tenido tan cerca.

—Ni me vas a tener. Adiós, Nacho, espero que te vaya bien con la recuperación.

Salgo de allí con la esperanza de que ese hombre no vuelva a cruzarse en mi camino.

***

Kike llega puntual y abro la cancela para que entre. Saluda a Alba, que ya la conoce de la noche que tuvo que ayudarme. Salimos juntos y

él me ofrece su brazo, si es que es un caballero de los pies a la cabeza. Mientras caminamos, veo a Nacho asomando la cabeza por encima de la cancela, como un auténtico cotilla. No puedo reprimirme y antes de subir al coche, levanto la mano y lo saludo.

—Buenas noches, Nacho. —Intenta esconderse como un niño pequeño que ha sido pillado infraganti.

—¿A quién saludas? No veo a nadie.

—Al vecino, le gusta espiarme —digo subida en el coche.

—No será peligroso.

—No, no te preocupes, está lisiado y no sale de casa.

—Me quedo más tranquilo, hay mucho loco suelto por ahí.

—Y que lo digas —sonrío satisfecha.

—Estás muy guapa cuando sonríes.

—Gracias, Kike. Eres encantador.

El chulo engreído se va a enterar. Me acerco a mi acompañante y le planto un beso en los labios, él hace amago de meter la lengua y me separo. Solo es para hacerlo rabiar, no es necesario dar un espectáculo en la puerta de casa. Lo veo, sigue allí agazapado. Ahora, llama a la rubia, a ver si te quita la calentura.

—¿Dónde vamos?

—A bailar.

—Me encanta la idea.

Capítulo 17

La cuenta

Ayer le declaré a Kike mi intención de regresar al pueblo en septiembre. Mi amiga Angélica me necesita. Además, sigue sin gustarme la ciudad. Él lo entendió, pero decidimos seguir viéndonos mientras estuviera allí. Lo paso bien con él y hasta ahora, excepto mi beso robado, no ha intentado nada, lo cual agradezco. Lo veo más como un amigo que como un novio. ¡Uy! Novio. Si me oyera mi hija me tacharía de cateta. «Eso no se lleva», diría. Lo que quiero dar a entender es que no me veo en la cama con él. Si es que ni me acuerdo. Tendría que dar unas clases prácticas antes de hacerlo. Igual me emociono demasiado y me lo cargo al pobre. En fin, dejaré eso aparcado por el momento.

Es la primera mañana que puedo levantarme a la hora que me dé la gana, aunque tengo la hora cogida. La edad no perdona y las viejas costumbres no se pierden. Me entretengo con el móvil y le escribo un mensaje a mi amiga, con el fin de interesarme por su estado de ánimo, pero no está en línea. Mando otro a Charo y tampoco lo está. Me aburro. Esto de estar en la cama no es lo mío. Alguien contesta al WhatsApp. Lo miro esperando a una de las dos desconsoladas y es Nacho. ¿Qué quiere este ahora?

—Tengo la cuenta preparada de los últimos días, cuando puedas, ven por ella.

—Hoy no puedo —escribo. No nado en la abundancia, pero paso de verlo.

—Bueno, pues mañana.

—Tampoco puedo.

Apago el móvil y me voy a la ducha. Tengo que aprovechar que Roberto está en casa y hablar con él.

Nos sorprende a Alba y a mí con el desayuno preparado y ha comprado churros. Los echaba de menos, en el pueblo todos los domingos Angélica y yo quedábamos en la churrería para desayunar.

—Yo solo me comeré uno, tengo ardores —dice Alba, que del estómago no anda muy allá.

—Los que tú quieras, cariño. —Se acerca a ella y le da un tierno beso en los labios.

—Roberto, tengo que ir a comprar. ¿Puedes llevarme? —Será la oportunidad de quedarme a solas con él y sacarle el tema de su adicción.

—Podemos encargar la compra.

—Son cosas personales, no tardaremos mucho.

—Está bien, desayuno y nos vamos.

Estamos a punto de salir y el timbre de la puerta suena. Como soy la que está más cerca, atiendo al telefonillo.

—¿Sí?

—Ábreme, soy Nacho —¡Qué valiente! Se ha atrevido a cruzar la calle.

Salgo hasta la cancela y la abro manualmente.

Está apoyado en sus muletas y lleva un sobre en la mano.

—¿Qué quieres?

—Toma. —Me entrega el sobre, que yo acepto—. No me gusta tener deudas pendientes.

—Pues ya puedes quedarte tranquilo.

—Antonia, quería comentarte…

Roberto aparece detrás de mí y Nacho se calla.

—¿Qué tal, Nacho? ¿Cómo lo llevas?

—Como puedo, deseando librarme de la escayola y volver a la rutina diaria.

—Espero que mi suegra se haya portado bien contigo.

—No tengo ninguna queja. —Mentiroso.

—Nos vamos ya, se nos hace tarde —digo con tal de que terminen la charla cuanto antes.

—Os dejo, yo también necesito descansar.

Se aleja cabizbajo y dando pasos con torpeza, aún no está ducho con las muletas. Me da hasta pena. Mentira. Dentro de un par de semanas será el de siempre y volverá a las andadas. No merece mi compasión. Los seres humanos tenemos la capacidad de utilizarnos unos a los otros hasta que ya no nos necesitamos y él no va a ser ninguna excepción.

Subo al coche con Roberto y al torcer la manzana lo abordo con el tema que me preocupa. Soy impaciente y no me gusta dar rodeos.

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo tuyo.

—¿Y qué es lo mío?

—Que no tienes tantas guardias como dices.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tú amiga la enfermera, la que estaba en el bar contigo echando unas risas, me lo dijo.

—Sí, tienes razón, pero no es lo que tú te crees.

—Lo sé, te seguí.

—¿Me seguiste? —pregunta incrédulo.

—Cuando me llevaste a la farmacia, tomé un taxi y te vi entrar en

el centro de desintoxicación. Se lo tienes que contar a Alba, merece saberlo.

Roberto aparca en el primer sitio libre que encuentra y me mira enfadado.

—No quiero que te metas en nuestras vidas, cuando lo crea conveniente se lo diré.

—Por mí no te preocupes, no le contaré nada, por ahora. En su estado no quiero darle un disgusto.

—Yo hablaré con Alba, te lo prometo. Tengo que seguir yendo un par de meses más, después estaré con ella. No habrá más ausencias.

—Espero que cumplas tu promesa. No me obligues a decírselo yo.

—Confía en mí.

Roberto arranca el coche de nuevo, damos un par de vueltas para hacer tiempo y regresamos a casa.

Capítulo 18

Septiembre: Libertad

Alba ha pasado su revisión de los siete meses y se acabó el reposo, y yo podré volver al pueblo en unos días. Soy feliz. Regresaré a mi casa y seré libre. Tendré que ayudar a Angélica, pero ese no será ningún impedimento para planear mi nueva vida de jubilada. Vendré a la ciudad cuando mi hija de a luz. Charo también está contenta. Su marido saldrá libre. Han pagado la fianza, que me imagino habrá sido una cantidad desorbitada, y podrá disfrutar de él a tiempo completo; por supuesto, ha sido deshabilitado para ejercer su profesión.

Paseo por la urbanización, como cada mañana, y al terminar el recorrido, veo al chulo engreído. Observo que aún se apoya en las muletas. La escayola se la quitaron la semana pasada, me lo dijo Charo, como no podría ser de otra manera.

—Buenos días, Antonia. —¡Anda! Si me saluda y todo. Hacía tiempo que no nos veíamos, la verdad es que he hecho lo posible para no coincidir con él.

—Buenos días —contesto. Soy educada, nada más.

Su aspecto es el de antes, impecable. Viste un traje de chaqueta de entretiempo azul, camisa blanca y corbata. Deja el maletín en el asiento delantero del acompañante y las muletas en la parte posterior. Se sienta y se retoca el tupé en el retrovisor. Me echa una última mirada y me dedica esa sonrisa burlona que odio.

—¡Que pases un buen día! —Seguro que sí, eso no lo dudes.

Enciende la radio y se escucha un reguetón a todo volumen. Ni siquiera tiene buen gusto para la música. Arranca el BMW y pisa el acelerador, saliendo como si fuera a disputar las veinticuatro horas. ¿A quién pretende impresionar? A mí no, desde luego. Madura Nacho, madura.

Abro la cancela e intento olvidar al chulo engreído.

—Buenas, buenas —la inconfundible voz de Charo llega a mis oídos.

Está detrás de mí, sonriendo.

—Hola, Charo.

—Veo que ya te hablas con Nacho.

—Yo nunca le he dejado de hablar, simplemente lo evito.

—Vengo a invitaros a una cena. No sabemos cuanto nos va a durar la alegría y antes de que se lleve a cabo el juicio, mi marido y yo queremos reunir a unos amigos en casa. Seremos pocos, los más

íntimos. Nos haría mucha ilusión que Alba, Roberto y tú pudierais venir. Será mañana sábado.

—Le preguntaré a mi hija y a Roberto. —No comprendo a esta mujer, si yo estuviera en su situación, lo último que se me ocurría sería organizar una cena.

—Luego me confirmas.

Entro en casa y Alba me espera en la cocina. Hoy ha preparado ella el desayuno.

—Mamá, ¿quieres jamón en las tostadas?

—Eso no se pregunta, por supuesto que sí.

Le comento la invitación de Charo y a mi hija le parece una buena idea, desde su embarazo no ha tenido mucha vida social. Además, Roberto libra el fin de semana. Escribo a la vecina y le confirmo que iremos los tres, me contesta con un monigote de esos con corazones en los ojos.

***

Para entrar en el jardín de Charo hay que hacer un mapa. La cena es en el exterior y no sé cómo ha conseguido meter las mesas altas entre las estatuas y los enanitos. Menos mal que ha colocado sillas, no me gusta comer de pie y en los taburetes parezco un perdigón subido en una piedra. Hay varias parejas que no he visto en mi vida, pero reconozco a Kike. Ya le he comunicado que volveré al pueblo, entre nosotros hay una buena amistad y salimos de vez en cuando. Me acerco a él y me saluda con dos besos.

—Estás muy guapa.

—Gracias, mi hija se ha empeñado en que me ponga este vestido, yo por mí hubiera venido en vaqueros.

Es demasiado ceñido y el negro no es mi color favorito, con el fin de darle un toque de color, me he calzado mis zapatillas turquesas de esparto y he acertado. El césped no es apropiado para tacones de aguja, aunque puedo observar que algunas invitadas consiguen mantenerse sobre ellos.

Estoy hablando con Kike animadamente y relajada, cuando él aparece acompañado de la rubia y una muleta. ¡No me lo puedo creer! Me levanto como una energúmena y agarro a Charo del brazo, sacándola de allí y arrastrándola al interior de la casa.

—¿Se puede saber qué hace Nacho aquí?

—Tenía que invitarlo, él es el que ha sacado a mi marido de la cárcel.

—No me dijo que fuera su abogado.

—Y no lo era, pero un día apareció en la puerta de casa y se ofreció a ayudarlo. La verdad, me quedé algo sorprendida, no sabía que llevaba este tipo de casos.

—Me voy ahora mismo. —No pienso aguantar sus miraditas

burlonas mientras se refriega con la rubia.

—No te vayas, por favor, pronto regresarás a tu pueblo y me gusta tu compañía. No entiendo la inquina que tienes con él. Ya sabes lo que dicen, los que se pelean se desean…

—¿Qué estás insinuando, que Nacho me gusta?

—Yo creo que sí, aunque no lo reconozcas, y tú a él también. No te lo he contado, porque no me gusta ser chismosa. —No, qué va, eres muda—. Cuando he ido a visitarlo después de que dejaras de atenderlo, me ha preguntado por ti, de forma disimulada, claro, y si seguías saliendo con Kike.

—¿Y tú que le contestaste?

—Le dije que sí y no mentí, aunque sé que Kike no significa nada para ti, él también me lo ha contado. —No le habrá quedado otra.

—Bien hecho, así me dejará en paz.

—¿Te quedas?

—Está bien, me quedo, pero como haga algunas de las suyas, me largo.

—¡Qué bien! Vamos a tomarnos una copa.

—Yo no bebo, no me sienta bien.

—Por una copa de vino no creo que pase nada.

Me agarra del brazo y caminamos juntas hacia una barra improvisada, donde un camarero nos sirve una copa de vino blanco bien frío. Estoy acalorada y no tengo mi abanico. Ambas brindamos y el líquido entra en mi garganta aliviando el calor. Ella se va a charlar con un grupo de pijas y yo pido otra copa. Su insinuación de que a mí me podría gustar Nacho me deja trastocada. ¿Cómo puede pensar que ese chulo prepotente es mi tipo? ¿Y yo gustarle a él? Me río sola y le indico al camarero que me sirva otra y ya van tres. Cuando me giro, Nacho está justo detrás y mi copa tropieza en su pecho. ¡Lo he puesto perdido! Eso le pasa por estar donde no debe.

—Vaya, qué pena, ¿te he manchado tu carísima camisa de marca? —digo, mientras apuro el culo de vino que ha quedado en la copa. Vuelvo a la barra—. Camarero, llénamela, que este cretino me la ha tirado.

—No deberías beber más —dice Nacho más serio de lo que me tiene acostumbrada, no le ha debido sentar bien que le haya tirado la copa encima. Echa mano de una servilleta e intenta secarse.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo o no debo hacer. Vete con la rrrubia —la lengua ya se me traba un poco.

De repente me coge del brazo con la mano que tiene libre, ya que la muleta ocupa la otra, y me lleva dentro. Me sienta en el sofá del lujoso salón de Charo, que está más duro que una piedra, y él se sienta frente a mi en una silla.

—Muy bien, Antonia, yo creo que ya es hora de que hablemos

como adultos.

—¿Como adultos? Yo no veo aquí a ningún adulto. Mírate, tienes casi sesenta años, vas paseando por ahí con un descapotable llamativo, te peinas con el pelo empinado, siempre vas acompañado por mujeres veinte años menores que tú, tu nombre es el diminutivo de Ignacio y… te depilas. —Eso último no es malo, hay muchos hombres que lo hacen, pero no se me ocurría otra cosa—. No creo que hayas madurado ni que lo hagas. Así que no me digas que vamos a hablar como adultos. —¡Que a gusto me he quedado!

—Tú no entiendes nada.

—Lo entiendo todo; entiendo que ha debido ser un placer para ti reírte de una mujer como yo, entiendo que recurrieras a mí, aunque fuera pagándome, porque no tienes a nadie más. Entiendo esos jueguitos tuyos para hacerme parecer una estúpida y sabes lo que te digo, que te odio. Eres prepotente, vanidoso y egoísta. ¡Ah! y se me olvidaba: un chulo engreído.

—Eso ya me lo habías dicho antes y tienes razón.

—¿Tengo razón? —Este no es Nacho.

—Sí, la tienes. Ahora déjame hablar a mí. ¿Quieres saber cómo eres tú?

—Sé cómo soy, no necesito que nadie me lo diga.

—Eres cabezota, arisca, tienes un humor de perros y vistes como una autentica paleta, pero los días que te he tenido a mi lado han sido los mejores de mi vida. Me gusta cuando te enfadas, me gusta hacerte rabiar, me gustan tus maravillosos ojos azules, me gustan tus tostadas de aceite y jamón, y sobre todo me gusta cuando sonríes. Nunca he conocido a una mujer como tú.

La cabeza me da vueltas, sus palabras han impactado en mi cerebro como una traca de petardos. ¿Qué intenta? No le creo, no quiero creerlo. Entre las copas y la medio lengua no puedo soltar ni una palabra. Por primera vez, no sé qué decirle.

—Dame una oportunidad, sé que puedo hacerte feliz. —Toma mi mano. Su tacto es cálido y un escalofrío recorre mi espalda.

—No… no entiendo nada. Yo no te gusto, no puedo gustarte.

No puedo más, me mareo, me pesan los párpados y los cierro lo que yo creo que son unos segundos.

***

Es de día y me duele la cabeza. Me desperezo en la cama, estoy totalmente desnuda, otra vez. No comprendo por qué cuando me emborracho me da por quitarme toda la ropa. Me incorporo en la cama y ¡Dios mío! ¿Qué hace Nacho ahí sentado? Está en el butacón, completamente vestido, con la ropa de anoche, tan solo tiene quitados los zapatos. Me tapo con la sábana y en ese instante él se despierta.

—¿Estás mejor?

—¿Qué haces tú aquí?

—Anoche te desmayaste, entre Roberto y yo te subimos a la habitación.

—¿Me has visto desnuda?

—No, tu hija entró contigo. Estaba preocupada por ti, me ofrecí para vigilarte. La convencí para que volviera con Roberto a la cena.

—¿Y la rubia?

—Le pedí un Uber y se fue a casa.

—Bueno, pues ya puedes irte. Estoy bien, solo necesito una ducha y un paracetamol.

—¿Recuerdas algo de lo que te dije anoche?

Claro que lo recuerdo, tengo dos opciones, mentir e inventarme una amnesia transitoria o enfrentarme a él y decirle lo que pienso. Será mejor lo último, no quiero otra declaración de amor que no nos llevará a ningún lado.

—Lo recuerdo perfectamente, no estaba tan borracha.

—¿Y bien?

—Nacho, creo que estás confundido, yo llegue a tu vida en un momento en el que me necesitabas. Yo soy como soy, no encajo en tu mundo, ni tú en el mío. Sí tú me gustaras, cosa que aún no tengo clara. ¿Cuánto crees que duraríamos juntos? Tarde o temprano nos tiraríamos los trastos a la cabeza. Tú no puedes cambiar por mí y yo tampoco lo haré por ti. Regresaré a mi pueblo, viviré a mi manera, y tú encontrarás con toda seguridad a una mujer a la que le guste tu vida tal y cómo es. Espero que tengas suerte. Ahora, vete. Necesito una ducha.

—¿Crees que no puedo cambiar?

—No lo creo, lo sé.

Se calza los zapatos, se levanta de la silla y se va. He hecho lo que tenía que hacer, me digo convencida a mí misma. Llamo a Angélica y le confieso que estoy enamorada.

Capítulo 19

La verdad

Mi partida será mañana y preparo las maletas. Charo ha hecho limpieza en su vestidor y me ha surtido de vestuario para el resto de mi vida. Hay algunas prendas que no creo que pueda ponerme en el pueblo, sin embargo, las doblo y me las llevo, nunca se sabe. No me queda otra que utilizar otra bolsa del Mercadona. Roberto me ha prometido que, antes de irme, le contará la verdad de sus ausencias a Alba. No sé cómo se lo tomará.

Última cena en familia. Han encargado *pizza* y una ensalada para mí. No me gusta la comida italiana; en general, no me gusta ninguna comida importada. Nos sentamos a la mesa y yo miro a Roberto haciéndole un gesto, que él entiende.

—Alba, quería contarte algo y no quiero que te enfades.

Yo estoy en silencio y me quedo al margen de la conversación, no quiero meter la pata.

—En los últimos meses, no he tenido tantas guardias como te he dado a entender. Sabes que nunca haría algo que te hiciera daño. He estado yendo al Centro de desintoxicación La Esperanza. Me había comprometido a asistir y no podía dejarlo. Espero que lo entiendas.

—Me lo prometiste, me dijiste que no ibas a volver allí.

—¡Ah! ¿Pero tú sabías lo de su adición? —No puedo reprimir mi pregunta. Prometo que he intentado estar callada.

—¡Mamá! ¿Qué adicción? —pregunta mi hija mirándome sorprendida.

—Pues su adicción…

—Roberto no tiene ninguna adicción. Está ayudando a las personas del centro como médico. —¡Madre mía! Acabo de meter la pata y yo pensando que mi yerno estaba en picado.

—Entonces, ¿por qué estás enfadada?

—Porque hace unos meses, antes de quedarme embarazada, uno de los pacientes lo amenazó con un cuchillo. Estaba con el mono y necesitaba sustancias. Lo cogió desprevenido en la consulta y por poco no sale vivo. Cuando supe que estaba embarazada me prometió que no volvería allí. No quería que le ocurriera nada.

—No me contasteis nada de ese suceso, cuando lo vi entrar allí, pensé…

—Mamá, no tienes remedio. Evite decírtelo, no quería que te preocuparas.

—Perdonadme los dos. Lo siento. —¡Qué metedura de pata! He estado con el alma encogida pensando que tenía un yerno drogadicto. Aunque a mi favor debo decir que Roberto podría haber sido un poco más conciso cuando tuvimos la conversación en el coche. Me siento aliviada, ahora puedo irme tranquila. Me esperaba algo peor.

—¿Me prometes que se acabó? —pregunta mi hija a Roberto.

—Te lo prometo. Ya me he despedido. —Se abrazan y se besan con ternura.

Yo los miro embobada y el besito se está volviendo un poco…

—Os dejo, chicos —los interrumpo a propósito, no me gustan las demostraciones de cariño exageradas—. He quedado con Kike y Charo, me van a llevar a bailar por última vez al Desguace.

—¿El sitio ese de las camareras sesentonas? —pregunta Alba.

—A ese mismo.

—Pero si no te gusta.

—Ya, pero tiene buena música y quiero echar mi último baile en la ciudad.

—¡Que lo pases bien! —dice Roberto, y ambos vuelven a donde lo habían dejado, estos dos van a tener una noche movidita, y yo me alegro.

***

El local está repleto, incluso ya reconozco a algunos de los asiduos. Los tres pedimos la bebida en la barra, me he prometido a mí misma no volver a consumir alcohol y me conformo con mi cerveza sin. Ellos se lían a charlar sobre los bancos y yo me aburro. Voy a la pista, que es lo mío. Además, como está llena, no se notará que bailo sola. Después de tres canciones moviditas, empiezan a sonar los acordes de una balada. A tomar por saco la diversión, es la hora de las parejitas y el magreo, eso me lo sé de memoria. Una mano me agarra de la cintura, me giro con la intención de soltarle una fresca al individuo que se ha atrevido a tocarme y allí está él, Nacho. Cosa que me sorprende porque jamás lo he visto en este antro, seguro que Charo le ha contado nuestros planes.

—¿Bailas?

—No, suéltame.

Él, en lugar de dejarme ir, me aprieta más contra su pecho.

—Concédeme el último baile antes de irte y no te molestaré más, ya me ha quedado claro que no sientes nada por mí. Tómatelo como una despedida de un viejo amigo. —Viejo sí, amigo está por ver.

—Si bailo contigo, te olvidarás de mí.

—Lo intentaré, pero no te lo aseguro.

—No quiero escuchar más tus tonterías, me gustabas más cuando eras un borde.

—Entonces, ¿te gustaba?

—No he querido decir eso.

—Pero lo has dicho.

—Cállate y bailemos, estoy deseando que se acabe esta pantomima.

Echo un ojo a la barra y Charo me sonríe. Lo sabía. ¡Traidora!

Me concentro e intento que su colonia no penetre en mis sentidos. ¡Huele bien el maldito! Sus brazos me envuelven con suavidad y siento su corazón como late. Percibo un sofoco que me sube del pecho a la cara, pero este es distinto. Tener su cuerpo tan cerca me está excitando. ¡Por favor! Que termine la canción o haré algo de lo que me arrepentiré. Apoyo mi cabeza en su cuello. No quiero mirarlo a los ojos. ¿Qué me pasa? Oigo los últimos compases de la canción y me separo de él con brusquedad.

—Ya está, se ha terminado. Adiós, Nacho.

Voy al baño y me refresco con agua la cara. Mi reflejo en el espejo lo dice todo. ¡Esa no soy yo! ¡Estoy babeando por el chulo prepotente!

Capítulo 20

Octubre: Mi pueblo

Angélica se está pensando volver con su marido y yo no la animo. La ayudo en lo que puedo y me he unido a la asociación de mujeres, no es algo que tuviera en mente, pero en el pueblo no hay mucho más que hacer. Ya he ido a dos excursiones y me han parecido un verdadero aburrimiento. Una a Madrid, yo quería ir por mi cuenta y pasear por la Gran Vía, pero el guía no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Eso sí, de piedras acabé hasta el mismísimo moño, visto un monumento, vistos todos. Otra, a ver a una Virgen que a mí ni me va ni me viene. No creo en los milagros y no soy muy beata que digamos. Los dos viajes los realizamos en autobús y en las dos ocasiones me tocó una mujer parlanchina que no me dejó ni dar una cabezada. A la mañana siguiente tenía tortícolis.

Mi hija me llama y me informa de la evolución de su embarazo, que va viento en popa. Roberto ha cumplido su promesa y ha dejado de ir a ese centro. A Nacho ni lo nombra, ni falta que me hace.

La mañana está lluviosa y Angélica no trabaja, así que me quedo en casa y perdono mi paseo matutino. Estoy calentando el café en el microondas y recibo la llamada de Charo.

—Buenos días, Antonia. ¿Cómo estás? —No me deja responder, como siempre, sigue hablando—. Te echo de menos. Ya sabes que los vecinos por aquí no son muy simpáticos y más desde que detuvieron a mi marido. Estamos pensando en mudarnos a Madrid, allí están mis hijos y tenemos un piso en todo el centro. Además, el juicio no acaba de salir.

—Me parece buena idea. —No voy a llevarle la contraria. Para pasar unos días está bien, pero yo nunca me adaptaría a vivir en la capital.

—¿Sabes algo de Nacho?

—No sé nada y no quiero saberlo.

—Ha vendido la parcela y se ha mudado. Sigue llevando el caso de mi marido, pero se comunican por videollamada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿No te parece extraño?

—A lo mejor se ha ido a vivir con la rubia. —No me extrañaría.

—¡Qué va! A la rubia la vi aporreando la puerta de Nacho y yo misma le informé de que ya no vivía allí.

—Pues no puedo ayudarte, le tengo bloqueado en el móvil. No he vuelto a verlo desde la última noche que salimos.

—En fin, te dejo. Voy al Factory. —Pensaba que la fianza la habría dejado frita. ¿Dónde tendrá escondido el tesoro?

—Que tengas buena compra.

—Gracias.

Charo cuelga el teléfono y tengo la tentación de desbloquear el contacto de Nacho, pero me quito esa idea absurda de la cabeza. No quiero saber nada de él. Seguro que ha rehecho su vida con alguna mujer. Tenía razón, las personas no cambian de la noche a la mañana. ¡Qué ilusa! Reconozco que en los primeros días estuve a punto de arrepentirme de mi decisión y llamarlo, pero fue un impulso pasajero que se desvaneció. Soy la misma Antonia de siempre, ¿o no?

***

Tras los días lluviosos, los espárragos trigueros crecen en el monte, así que me calzo las botas de agua y salgo a caminar por los lugares donde mi marido y yo encontrábamos las esparragueras más fructíferas. En el camino que sube a la sierra, hay una casa en ruinas y detrás de una de las paredes está mi sitio favorito. Recuerdo con nostalgia los besos robados de él y sonrío, soy feliz allí.

Sigo caminando hasta un olivar, las aceitunas van perdiendo el color amarillento, pronto empezará las faenas de la cosecha. Bajo una pequeña cuesta, sé que en la hondonada están los mejores espárragos. Veo que un imbécil está quitándomelos. Está agachado, lleva una gorra y un chambergo color camuflaje. Este se va a enterar. ¡Ladrón!

—¡Eh! ¡Tú! ¿Qué crees que estás haciendo?

El tío sigue agachado y ni siquiera se gira. ¡Será cazurro!

—¿Estás sordo?

El hombre se levanta y me mira, y yo me quedo sin palabras.

—Hola, me llamo Ignacio.

Epílogo

Abril

Primera visita de los mellizos al pueblo. Ignacio ha organizado una paella en su casa de campo, la que compró cuando decidió salir de la ciudad. Está a un par de kilómetros y él quiere que me vaya a vivir con él, pero yo sé como soy, me gusta seguir siendo autónoma, por ahora. Cambió su bólido, al que odiaba con todas mis fuerzas, por un todoterreno. Teletrabaja cuando puede, excepto si tiene que acudir a algún juicio. Por cierto, ya no se empina el flequillo y para mí está mucho más guapo.

Mi amiga Angélica fue la cómplice de Ignacio, con la inestimable colaboración de mi hija, que le facilitó su teléfono. Lo ayudó a buscar alojamiento y, por supuesto, la muy canalla le dijo el sitio exacto donde podría encontrarme. Ella era la única que sabía mis sentimientos hacia él.

Charo y su marido estaban invitados, pero no han podido venir. Consiguió salir indemne del juicio. Vendieron la casa y se mudaron a Madrid. El nuevo inquilino, cuando entró, se encontró una sorpresa. Las estatuas y los enanitos estaban destrozados, alguien se los había cargado a martillazos. Ahora entiendo dónde tenían el dinero guardado. ¡Y parecía tonta!

Kike no deja de echarle miraditas a Angélica, y aunque él es mayor que ella unos años, ella sonríe como una párvula. Mejor, a ver si olvida de una vez al imbécil de su marido.

En cuanto a mí, tengo que reconocer que estoy enamorada y que es posible encontrar el amor a los sesenta, bueno, casi sesenta y uno. La felicidad nos encuentra y mi consejo es que la aceptemos, no sé si durará o no, pero voy a disfrutarla mientras pueda.

Nota de la autora:

Gracias por leer UNA DE SESENTA y por darme la oportunidad de colar mi historia en tu biblioteca. Si te ha gustado la novela, sí no es mucha molestia, te agradecería que dejaras una reseña en la página de Amazon. Si quieres comentarme algo sobre la novela, búscame como @esperanzaescritora en Instagram o Facebook o envía un email a esperanzamanceraescritora@gmail.com.
No es la primera novela que he publicado, tienes a tu disposición UNA DE CINCUENTA, otra historia divertida que seguro te hará sonreír.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las personas que me han apoyado en la aventura de contar historias.

A Yolanda Pallás, mi maestra y amiga, que me ha animado a publicar. Ella siempre ha confiado en mí y ha desplegado mis alas para volar entre las palabras.

A mis lectoras beta, Mari Carmen y Marta. A Sonia, mi correctora y a Patri, que sigue educándome en redes sociales y, por último, a Roma por su portada.

No puedo olvidar a mis compañeros de trabajo y a mis chicas de pilates, y a las personas que desinteresadamente han apostado por promocionar mi escritura.

También quiero dedicar esta novela a Yeya y Luis, son la demostración de que se puede encontrar el amor después de los sesenta.

A mi familia, que me ha dejado tiempo para cumplir con mi sueño y que son mis cimientos, sin ellos nada de esto hubiera sido posible.

Y, por supuesto, a ti.